

La crisis del marxismo no elimina en el mundo las situaciones de injusticia y opresión existentes, de las que se alimentaba el marxismo mismo, instrumentalizándolas. A quienes hoy día buscan una nueva y auténtica teoría y praxis de liberación, la Iglesia ofrece no sólo la doctrina social y, en general sus enseñanzas sobre la persona redimida por Cristo, sino también su compromiso concreto de ayuda para combatir la marginación y el sufrimiento.

27. La segunda consecuencia afecta a los pueblos de Europa. En los años en que dominaba el comunismo, y también antes, se cometieron muchas injusticias individuales y sociales, regionales y nacionales; se acumularon muchos odios y rencores. Y sigue siendo real el peligro de que vuelvan a explotar, después de la caída de la dictadura, provocando graves conflictos y muertes, si disminuyen a su vez la tensión moral y la firmeza consciente en dar testimonio de la verdad que han animado los esfuerzos del tiempo pasado.

Es de esperar que el odio y la violencia no triunfen en los corazones, sobre todo de quienes luchan en favor de la justicia, sino que crezca en todos el espíritu de paz y de perdón... actualmente hace falta un gran esfuerzo para la reconstrucción moral y económica en los países que han abandonado el comunismo...

Naturalmente, la caída del marxismo ha tenido consecuencias de gran alcance por lo que se refiere a la repartición de la tierra en mundos incomunicados unos con otros y en recelosa competencia entre sí; por otra parte, ha puesto más de manifiesto el hecho de la interdependencia, así como parte, ha puesto más de manifiesto el hecho de la interdependencia, así como que el trabajo humano está destinado por su naturaleza a unir a los pueblos y no a dividirlos.

28. Para algunos países de Europa comienza ahora, en cierto sentido, la verdadera posguerra. La radical reestructuración de las economías, hasta ayer colectivizadas, comporta problemas y sacrificios comparables con los que tuvieron que imponerse los países occidentales del continente para su reconstrucción después del segundo conflicto mundial.

Es justo que en las presentes dificultades los países

excomunistas sean ayudados por el esfuerzo solidario de las otras naciones: obviamente han de ser ellos los primeros artífices de su propio desarrollo; pero se les ha de dar una razonable oportunidad para realizarlo, y esto no puede lograrse sin la ayuda de los otros países.

29. En fin, el desarrollo no debe ser entendido de manera exclusivamente económica, sino bajo una dimensión humana integral. No se trata solamente de elevar a todos los pueblos al nivel de que gozan hoy los países más ricos, sino de fundar sobre el trabajo solidario una vida más digna, hacer crecer efectivamente la dignidad y la creatividad de toda persona, su capacidad de responder a la propia vocación y, por tanto, a la llamada de Dios.

El punto culminante del desarrollo conlleva al ejercicio del derecho-deber de buscar a Dios, conocerlo y vivir según tal conocimiento.

Cap. 4º. LA PROPIEDAD PRIVADA Y EL DESTINO UNIVERSAL DE LOS BIENES

30. En la *Rerum novarum* León XIII afirmaba enérgicamente y con varios argumentos el carácter natural del derecho a la propiedad privada, en contra del socialismo de su tiempo. Este derecho, fundamental en toda persona para su autonomía y su desarrollo, ha sido defendido siempre por la Iglesia hasta nuestros días. Asimismo, la Iglesia enseña que la propiedad de los bienes no es un derecho absoluto, ya que en su naturaleza de derecho humano lleva inscrita la propia limitación.

A la vez que proclamaba con fuerza el derecho a la propiedad privada, el Pontífice afirmaba con igual claridad que el «uso» de los bienes, confiado a la propia libertad, está subordinado al destino primigenio y común de los bienes creados y también a la voluntad de Jesucristo, manifestada en el Evangelio.

El Concilio Vaticano II ha propuesto de nuevo la doctrina tradicional con estas palabras: «El hombre, usando estos bienes, no deben considerar las cosas exteriores que legítimamen-

te posee como exclusivamente suyas, sino también como comunes, en el sentido de que no le aprovechen a él solamente, sino también a los demás»... «La propiedad privada, por su misma naturaleza, tiene también una índole social, cuyo fundamento reside en el destino común de los bienes» (GS. 69;71).

31. Releyendo estas enseñanzas sobre el derecho a la propiedad y el destino común de los bienes en relación con nuestro tiempo, se puede plantear la cuestión acerca del origen de los bienes que sustentan la vida del hombre, que satisfacen sus necesidades y son objetos de sus derechos.

El origen primigenio de todo lo que es un bien es el acto mismo de Dios que ha creado al mundo y al hombre, y que ha dado a éste la tierra para que la domine con su trabajo y goce de sus frutos (Gén. 1,28-29).

Dios ha dado la tierra a todo el género humano para que ella sustente a todos sus habitantes, sin excluir a nadie ni privilegiar a ninguno. He ahí, pues, la raíz primera del destino universal de los bienes de la tierra.

Ésta, por su misma fecundidad y capacidad de satisfacer las necesidades del hombre, es el primer don de Dios para el sustento de la vida humana. Ahora bien, la tierra no da sus frutos sin una peculiar respuesta del hombre al don de Dios, es decir, sin el trabajo.

En nuestro tiempo es cada vez más importante el *papel del trabajo humano* en cuanto factor productivo de las riquezas inmateriales y materiales; por otra parte, es evidente que el trabajo de un hombre se conecta naturalmente con el de otros hombres... Es hacer algo para alguien.

32. Existe otra forma de propiedad, concretamente en nuestro tiempo, que tiene una importancia no inferior a la de la tierra: es la *propiedad del conocimiento, de la técnica y del saber*. Es este tipo de propiedad, mucho más que en los recursos naturales, se funda la riqueza de las naciones industrializadas.

Se ha aludido al hecho de que el *hombre trabaja con los otros hombres*, tomando parte en un «trabajo social» que abarca círculos progresivamente más amplios. Quien produce una cosa lo hace generalmente —aparte del uso personal que de ella pueda hacer— para que otros puedan disfrutar de la misma,

después de haber pagado el justo precio, establecido de común acuerdo después de una libre negociación.

Por lo demás, muchos bienes no pueden ser producidos de manera adecuada por un sólo individuo, sino que exigen colaboración de muchos.

El trabajo disciplinado, en solidaria colaboración, es el que permite la creación de *comunidades de trabajo* cada vez más amplias y seguras para llevar a cabo de transformación del ambiente natural y la del mismo ambiente humano.

33. Hoy muchos hombres no disponen de medios que les permitan entrar de manera efectiva y humanamente digna en un sistema de empresa donde el trabajo ocupa una posición realmente central. Esos hombres no tienen posibilidad para adquirir los conocimientos básicos, y por otra parte, importantes para resistir a la competencia de mercancías producidas con métodos nuevos y coartados por la necesidad, forman verdaderas aglomeraciones en las ciudades del tercer mundo donde a menudo se ven desarraigados culturalmente, en medio de situaciones de violencia y sin posibilidad de integración.

No se les reconoce, de hecho, su dignidad y, en ocasiones, se trata de eliminarlos de la historia mediante formas coactivas contrarias a la dignidad humana. Otros muchos hombres, aún no estando marginados del todo, viven en ambientes donde la lucha por lo necesario es absolutamente prioritaria y donde están vigentes todavía las reglas del capitalismo primitivo.

Ante estos casos, se puede hablar de una explotación inhumana; para los pobres, a la falta de bienes materiales se ha añadido la del saber y de conocimientos, que les impide salir del estado de humillante dependencia. Por desgracia, la gran mayoría de los habitantes del tercer mundo viven aún en esas condiciones.

La historia reciente ha puesto de manifiesto que los países que se han marginado han experimentado un estancamiento y retrocesos; en cambio, han experimentado un desarrollo los países que han logrado introducirse en la interrelación general de las actividades económicas a nivel internacional...

34. Es un estricto deber de justicia y de verdad impedir que quedan sin satisfacer las necesidades humanas fundamentales

y que perezcan los hombres oprimidos por ellas. Además, es preciso que se ayude a estos hombres necesitados a conseguir los conocimientos, a entrar en el círculo de las interrelaciones, a desarrollar sus aptitudes para poder valorar mejor sus capacidades y recursos.

En el contexto del tercer mundo conservan toda su validez los objetivos indicados por la *Rerum novarum* para evitar que el trabajo del hombre y el hombre mismo se reduzcan al nivel de simple mercancía: el salario suficiente para la vida de familia, los seguros sociales para la vejez y el desempleo, la adecuada tutela de las condiciones de trabajo.

35. Se abre aquí un vasto y fecundo *campo de acción y de lucha*, en nombre de la justicia, para los sindicatos y demás organizadores de los trabajadores, que defienden sus derechos y tutelan su persona, desempeñando al mismo tiempo una función esencial de carácter cultural, para hacerles participar de manera más plena y digna en la vida de la nación y ayudarles en la vía del desarrollo...

La Iglesia reconoce la justa *función de los beneficios* como índice de la buena marcha de la empresa; mas la finalidad de ésta no es simplemente la producción de beneficios, sino más bien la existencia misma de la empresa como *comunidad de hombres* que, de diversas maneras, buscan la satisfacción de sus necesidades fundamentales y constituyen un grupo particular al servicio de la sociedad entera. Los beneficios son un elemento regulador de la vida de la empresa, pero no el único; junto con ellos hay que considerar otros *factores humanos y morales*...

Es necesario que las naciones más fuertes sepan ofrecer a las más débiles oportunidades de inserción en la vida internacional, y que las más débiles sepan aceptar estas oportunidades... Sobre la deuda exterior de los países más pobres, conviene saber que es justo el principio de que las deudas deben ser pagadas; mas no es lícito, en cambio, exigir o pretender su pago cuando éste vendría a imponer de hecho opciones políticas tales que llevaran al hambre y a la desesperación a poblaciones enteras...

36. A través de las opciones de producción y de consumo

se pone de manifiesto una determinada cultura como concepción global de la vida. De ahí nace el *fenómeno del consumismo*. Al descubrir nuevas necesidades y nuevas modalidades para su satisfacción, es necesario dejarse guiar por una imagen integral del hombre que respete todas las dimensiones de su ser y que subordine las materiales e instintivas a las interiores y espirituales.

Por el contrario, al dirigirse directamente a sus instintos, se pueden crear *hábitos de consumo y estilos de vida* objetivamente ilícitos y con frecuencia incluso perjudiciales para su salud física y espiritual.

Un ejemplo llamativo es el de la droga... No es malo el deseo de vivir, pero es equivocado el estilo de vida que se presume mejor cuando está orientado a tener y no a ser, y que quiere consumir la existencia en un goce que se propone como fin en sí mismo. Por esto es necesario implantar estilos de vida a tenor de los cuales la búsqueda de la verdad, de la belleza y del bien, así como la comunión con los demás hombres para un crecimiento común, sean los elementos que determinen las opciones del consumo, de los ahorros y de las inversiones.

37. Es preocupante la *cuestión ecológica*. El hombre, impulsado por el deseo de tener y gozar, más que de ser y de crecer, consume de manera excesiva y desordenada los recursos de la tierra y su misma vida. El hombre que descubre su capacidad de transformar y, en cierto sentido, de «crear» el mundo con el propio trabajo, olvida que éste se desarrolla siempre sobre la base de la primera y originaria donación de las cosas por parte de Dios.

Cree que puede disponer arbitrariamente de la Tierra, sometiéndola sin reservas a su voluntad, como si ella tuviese una fisonomía propia y un destino anterior dados por Dios, y que el hombre puede desarrollar ciertamente, pero que no debe traicionar.

En vez de desempeñar su colaborador de Dios en la creación, el hombre suplanta a Dios y con ello provoca la rebelión de la naturaleza, más bien tiranizada que gobernada por él. Esto demuestra, sobre todo, mezquindad o estrechez de miras del hombre animado por el deseo de poseer las cosas en vez de re-

lacionarlas con la verdad, y falto de aquella actitud desinteresada, gratuita, estética, que nace del asombro por el ser y la belleza que permite leer en las cosas visibles el mensaje de Dios invisible que las ha creado.

38. Debemos esforzarnos por *salvaguardar las condiciones morales de una auténtica «ecología humana»*. No sólo la tierra ha sido dada por Dios al hombre, el cual debe usarla respetando la intención originaria de que es un bien, según la cual le ha sido dada; incluso el hombre es para sí mismo un don de Dios y, por tanto, debe respetar la estructura natural y moral de la que ha sido dotado...

39. La primera estructura fundamental a favor de la «ecología humana» es *la familia*, en cuyo seno el hombre recibe las primeras nociones sobre la verdad y el bien; aprende qué quiere decir amar y ser amado, y por consiguiente qué quiere decir en concreto ser una persona.

Se entiende aquí la familia fundada en el matrimonio, en el que el don recíproco de sí por parte del hombre y de la mujer crea un ambiente de vida en el cual el niño puede nacer y desarrollar sus potencialidades, hacerse consciente de su dignidad y prepararse a afrontar su destino único e irrepetible.

Hay que considerar a la familia como el *santuario de la vida...*, no limitar, suprimir o anular las fuentes de la vida, recurriendo incluso al aborto... y deben ser denunciadas las campañas sistemáticas contra la natalidad.

40. El deber del Estado es proveer a la defensa y tutela de los bienes colectivos como son el ambiente natural y el ambiente humano, cuya salvaguardia no puede estar asegurada por los simples mecanismos de mercado.

Así como en tiempos del viejo capitalismo el Estado tenía el deber de defender los derechos fundamentales del trabajo, así ahora con el nuevo capitalismo el Estado y la sociedad tienen el deber de *defender los bienes colectivos*, que, entre otras cosas constituyen el único marco dentro del cual es posible para cada uno conseguir legítimamente sus fines individuales.

41. El hombre se realiza auténticamente a sí mismo mediante la propia donación libre, donación que es posible gracias a la esencial «capacidad de trascendencia» de la persona huma-

na... En cuanto persona puede darse el hombre a otra persona o a otras personas y, por último, a Dios, que es el autor de su ser y el único que puede acoger plenamente su donación. Se aliena el hombre que rechaza trascenderse y no quiere vivir la experiencia de la autodonación y de la formación de una auténtica comunidad humana, orientada a su destino último que es Dios.

El hombre que se preocupa sólo o prevalentemente de tener y gozar, incapaz de dominar sus instintos y sus pasiones y de subordinarlas mediante la obediencia a la verdad, no puede ser libre. El que está libre de todo pecado y de las ataduras de las pasiones es verdaderamente libre.

42. La vía del verdadero progreso económico y civil no hay que buscarla en el comunismo que ha fracasado, ni el capitalismo, a no ser que por «capitalismo» entendamos un sistema económico que reconoce el papel fundamental y positivo de la empresa, del mercado, de la propiedad privada y de la consiguiente responsabilidad para con los medios de producción, de la libre creatividad humana en el sector de la economía, aunque quizá sería más apropiado hablar de «economía de empresa», «economía de mercado» o simplemente de «economía libre»...

43. El hombre se realiza a sí mismo por medio de su inteligencia y su libertad y, obrando así, asume como objeto e instrumento las cosas del mundo, a la vez que se apropia de ellas.

Mediante su trabajo el hombre se compromete no sólo en favor suyo, sino también *en favor de los demás y con los demás*: cada uno colabora en el trabajo y en el bien de los otros. El hombre trabaja para cubrir las necesidades de su familia, de la comunidad de la que forma parte, de la nación y, en definitiva, de toda la humanidad.

La obligación de ganar el pan con el sudor de la propia frente supone, al mismo tiempo, un derecho. Una sociedad en la que este derecho se niegue sistemáticamente y las medidas de política económica no permitan a los trabajadores alcanzar niveles satisfactorios de ocupación, no puede conseguir su legitimización ética ni la justa paz social.

Así como la persona se realiza en la libre donación de sí misma, así también la propiedad se justifica moralmente cuan-

do crea, en los debidos modos y circunstancias, oportunidades de trabajo y crecimiento humano para todos.

Cap. 5°. ESTADO Y CULTURA

44. León XIII no ignoraba que una *sana teoría del Estado* era necesaria para asegurar el desarrollo normal de las actividades humanas: las espirituales y las materiales, entrambas indispensables...

Si no existe una verdad trascendente, con cuya obediencia el hombre conquista su plena identidad, tampoco existe ningún principio seguro que garantice relaciones justas entre los hombres: los intereses de clase, grupo o nación los contraponen inevitablemente unos a otros. Si no se conoce la verdad trascendente, triunfa la fuerza del poder, y cada uno tiende a utilizar hasta el extremo los medios de que dispone para imponer su propio interés o la propia opinión, sin respetar los derechos de los demás.

La raíz del totalitarismo moderno hay que verla, por tanto, en la negación de la dignidad trascendente de la persona humana, imagen visible de Dios invisible y, precisamente por esto, sujeto natural de derechos que nadie puede violar: ni el individuo, el grupo, la clase social ni la nación o el Estado.

45. La cultura y la praxis del totalitarismo comportan además la negación de la Iglesia, pues trata de destruirla o, al menos, someterla, convirtiéndola en instrumento del propio aparato ideológico (GS. 76).

El Estado totalitario tiende, además, a absorber en sí mismo la nación, la sociedad, la familia, las comunidades religiosas y las mismas personas. Defendiendo la propia libertad, la Iglesia defiende la persona, que debe obedecer a Dios antes que a los hombres (Heb. 5,29)...

46. La Iglesia aprecia el sistema de la democracia en la medida en que asegura la participación de los ciudadanos en las opciones políticas y garantiza a los gobernadores la posibilidad de elegir y controlar a sus propios gobernantes, o bien la de sustituirlos oportunamente de manera pacífica.

Una auténtica democracia es posible solamente en un Estado de derecho y sobre la base de una recta concepción de la persona humana.

La libertad es valorizada en pleno solamente por la aceptación de la verdad. En un mundo sin verdad la libertad pierde su consistencia y el hombre queda expuesto a la violencia de las pasiones y a condicionamientos patentes o encubiertos.

47. Después de la caída del totalitarismo comunista y de otros muchos regímenes totalitarios y de «seguridad nacional», asistimos hoy al predominio no sin contrastes, del ideal democrático junto con una viva atención y preocupación por los derechos humanos... Entre los principales hemos de recordar: el derecho a la vida, que tienen todos los hijos de su concepción; el derecho a vivir en una familia unida y en un ambiente moral...; el derecho a madurar la propia inteligencia y la propia libertad a través de la búsqueda y el conocimiento de la verdad...; el derecho a participar en el trabajo..., y el derecho a fundar libremente una familia, a acoger y educar a los hijos, haciendo uso responsable de la propia sexualidad..., y como fuente y síntesis de estos derechos, la libertad religiosa...

48. Un cierto tipo de necesidades requiere con frecuencia una respuesta que sea no sólo material, sino que sepa descubrir en la situación de los *prófugos y emigrantes, de los ancianos y enfermos*, y en todos los demás casos, necesitados de asistencia, como es el de los drogadictos: personas todas ellas que pueden ser ayudadas de manera eficaz solamente por quien les ofrece, aparte de los cuidados necesarios, un apoyo sinceramente fraterno.

49. En este campo la Iglesia, fiel al mandato de Cristo, está presente desde siempre con sus obras, que tienden a ofrecer al hombre necesitado un apoyo material que no lo humille ni lo reduzca a ser únicamente objeto de asistencia, sino que lo ayude a salir de su situación precaria, promoviendo su dignidad de persona.

Gracias a Dios, hay que decir que la caridad operante nunca se ha apagado en la Iglesia, y es más, tiene actualmente un multiforme y consolador incremento. A este respecto es digno de mención especial el fenómeno del voluntariado, que la Igle-

sia favorece y promueve, solicitando la colaboración de todos para sostenerlo y animarlo en sus iniciativas.

50. *La Evangelización* se inserta también en la cultura de las naciones, pero cuando una cultura se encierra en sí misma y trata de perpetuar formas de vida anticuadas, rechazando cualquier cambio y confrontación sobre la verdad del hombre, entonces se vuelve estéril y lleva a su decadencia.

51. La Iglesia contribuye a favorecer la verdadera cultura y promueve el nivel de los comportamientos humanos que favorecen la cultura de la paz contra los modelos que anulan al hombre en la masa y ponen su grandeza en sus dotes para el conflicto y para la guerra.

La Iglesia lleva a cabo este servicio *predicando la verdad sobre la creación del mundo*, que Dios ha puesto en las manos de los hombres para que lo hagan fecundo y más perfecto con su trabajo, y *predicando la verdad sobre la redención*, mediante la cual el Hijo de Dios ha salvado a todos los hombres y al mismo tiempo los ha unido entre sí haciéndolos responsables unos de otros... Nadie puede afirmar que no es responsable de la suerte de su hermano (Gén. 4,9; Mt. 25,31 ss).

52. Los Pontífices Benedicto XV y sus sucesores han visto claramente el peligro del ingente poder de los medios de destrucción, y yo mismo, dice Juan Pablo II, con ocasión de la reciente y dramática guerra en el golfo Pérsico, he repetido el grito: «Nunca más la guerra». No, ¡nunca más la guerra!, que destruye la vida de los inocentes, que enseña a matar y trastorna igualmente la vida de los que matan, que deja tras de sí una secuela de rencores y odios y hace más difícil la justa solución de los mismos problemas que la han provocado.

Por eso el otro nombre de la paz es el desarrollo. Igual que existe la responsabilidad colectiva de promover el desarrollo.

Cap. 6º. EL HOMBRE ES EL CAMINO DE LA IGLESIA

53. Ante la miseria del proletariado decía el Papa León XIII: «Afrontamos con confianza este argumento y con pleno dere-

cho por nuestra parte. Nos parecería faltar al deber de nuestro oficio si callásemos.

En los últimos cien años la Iglesia ha manifestado repetidas veces su pensamiento, siguiendo de cerca la continua evolución de la cuestión social, y su única finalidad ha sido la *atención y la responsabilidad hacia el hombre*, confiado a ella por Cristo mismo; *hacia este hombre*, como el Concilio Vaticano II recuerda, es la única criatura que Dios ha querido por sí misma y sobre el cual tiene su proyecto, es decir, la participación en la salvación eterna.

54. La doctrina social de la Iglesia tiene de por sí el valor de un *instrumento de evangelización*: en cuanto tal, anuncia a Dios y su misterio de salvación en Cristo a todo hombre y, por la misma razón, revela al hombre a sí mismo. Solamente bajo esta perspectiva se ocupa de lo demás: de los derechos humanos de cada uno...

55. La Iglesia conoce el «sentido del hombre» gracias a la revelación divina. «Para conocer al hombre, el hombre verdadero, el hombre integral, hay que conocer a Dios», decía Pablo VI... La dimensión teológica se hace necesaria para interpretar y resolver los actuales problemas de la convivencia humana.

La Iglesia, cuando anuncia *al hombre* la salvación de Dios, cuando le ofrece y comunica la vida divina mediante los sacramentos, cuando orienta su vida a través de los mandamientos del amor a Dios y al prójimo, contribuye al enriquecimiento de la dignidad del hombre. Pero la Iglesia, así como no puede abandonar nunca esta misión religiosa y trascendente en favor del hombre, del mismo modo se da cuenta de que su obra encuentra hoy particulares dificultades y obstáculos. He aquí porque se compromete siempre con renovadas fuerzas y con nuevos métodos en la evangelización que promueve al hombre integral.

56. En el primer centenario de la encíclica *Rerum novarum*, dice Juan Pablo II, deseo dar gracias a todos los que se han dedicado a estudiar, profundizar y divulgar la *doctrina social cristiana*. Para ello es indispensable la colaboración de las Iglesias locales, y yo espero que la conmemoración sea ocasión de un renovado impulso para su estudio, difusión y aplicación en todos los ámbitos.

57. Para la Iglesia el mensaje social del Evangelio no debe considerarse como una teoría, sino, por encima de todo, un fundamento y un estímulo para la acción. Impulsados por este mensaje, algunos de los primeros cristianos distribuían sus bienes a los pobres, dando testimonio de que, no obstante las diversas proveniencias sociales, era posible una convivencia pacífica y solidaria.

58. El amor por el hombre, y en primer lugar por el pobre, en el que la Iglesia ve a Cristo, se concreta en la *promoción por la justicia*. Esta nunca podrá realizarse plenamente si los hombres no reconocen en el necesitado, que pide ayuda para su vida, no a alguien inoportuno o como si fuera una carga, sino la ocasión de un bien en sí, la posibilidad de una riqueza mayor.

59. Para que se ejercite la justicia y tengan éxito los esfuerzos de los hombres para establecerla, es necesario el *don de la gracia*, que viene de Dios. Por medio de ella, en colaboración con la libertad de los hombres, se alcanza la misteriosa presencia de Dios en la historia que es la providencia.

La experiencia de novedad vivida en el seguimiento de Cristo exige que sea comunicada a los demás hombres en la realidad concreta de sus dificultades y luchas, problemas y desafíos, para que sean iluminadas y hechas más humanas por la luz de la fe. Esta, en efecto, no sólo ayuda a encontrar soluciones, sino que hace humanamente soportables incluso las situaciones de sufrimiento, para que el hombre no se pierda en ellas y no olvide su dignidad y vocación.

60. Al enunciar los principios para la solución de la cuestión obrera, León XIII escribía: «La solución de un problema tan árduo requiere el concurso y la cooperación de otros»..., es necesaria la colaboración entre todas las fuerzas.

El mundo actual es cada vez más consciente de que la solución de los graves problemas nacionales e internacionales no es sólo cuestión de producción económica o de organización jurídica o social, sino que requiere precisos valores ético-religiosos, así como un cambio de mentalidad, de comportamiento y de estructuras.

61. La Iglesia ha permanecido fiel al compromiso de la *de-*

fensa del hombre en los pasados cien años. Efectivamente, ha intervenido en el período turbulento de la lucha de clases, después de la primera guerra mundial, para defender al hombre de la explotación económica y de la tiranía de los sistemas totalitarios.

Después de la segunda guerra mundial ha puesto la dignidad de la persona en el centro de sus mensajes sociales... y ha afirmado que la persona y la sociedad no tienen necesidad solamente de los bienes materiales, sino también de los valores espirituales y religiosos.

62. Esta encíclica de ahora ha querido mirar al pasado, pero sobre todo está orientada al futuro... Al concluirla, termina diciendo el Papa, doy gracias de nuevo a Dios omnipotente, porque ha dado a su Iglesia la luz y la fuerza de acompañar al hombre en el camino terreno hacia el destino eterno.

Que María, la Madre del Redentor..., acompañe con materna intercesión a la humanidad hacia el próximo milenio, con fidelidad a Jesucristo, nuestro Señor, que «es el mismo ayer y hoy y será por siempre» (Heb. 13,8), en cuyo nombre os bendigo a todos de corazón.

Décima Carta encíclica

VERITATIS SPLENDOR

(El esplendor de la verdad)

Esta encíclica hace referencia al contraste entre las tinieblas del error y el esplendor de la verdad, y está dedicada a analizar los más actuales interrogantes que sufre la enseñanza moral de la Iglesia y comienza con estas palabras:

«EL ESPLENDOR DE LA VERDAD brilla en todas las obras del Creador y, de modo particular, en el hombre, creado a imagen y semejanza de Dios (Gén. 1,26), pues la verdad ilumina la inteligencia y modela la libertad del hombre, que de esta manera es ayudado a conocer y amar al Señor. Por esto el salmista exclama: *«Alza sobre nosotros la luz de tu rostro, Señor!»* (Sal. 47).

INTRODUCCIÓN

Jesucristo, luz verdadera que ilumina a todo hombre

1. Todos estamos llamados a la salvación mediante la fe en Jesucristo, que es la «luz verdadera que ilumina a todo hombre» (Jn. 1,9), y los hombres llegan a ser «luz en el Señor» e «hijos de la luz» (Ef. 5,8), y se santifican «obedeciendo a la verdad» (1 Ped. 1,22) y «Cristo es la Verdad» (Jn. 14,6).

La obediencia a la verdad no es siempre fácil, porque «debido al misterioso pecado del principio, cometido por instigación de Satanás, que es *«mentiroso y padre de la mentira»* (Jn.

8,44), el hombre siente la tentación de apartar su mirada del Dios vivo y verdadero para dirigirla a los ídolos, cambiando la verdad por la mentira y quedando así ofuscada su capacidad de descubrir la verdad y debilitada su voluntad para someterse a ella.

Mas las tinieblas del error o del pecado no pueden eliminar totalmente en el hombre la luz de Dios Creador, pues es Él el que ha puesto en lo más profundo de su corazón el deseo de la verdad absoluta y la busca incansablemente.

2. Nadie puede eludir la verdad y dejar de hacerse estas preguntas fundamentales: *¿Qué debo hacer?*, *¿cómo puedo discernir el bien y el mal?* La respuesta sólo es posible gracias al esplendor de la verdad que brilla en lo más íntimo del espíritu humano.

El Papa nos invita a contemplar el rostro de Cristo y a dejarnos fascinar por su belleza, que es el resplandor del rostro glorioso del Dios invisible. La respuesta decisiva a cada interrogante del hombre, en particular a sus interrogantes religiosos y morales, la da Jesucristo que es *«El Camino, la Verdad y la Vida»* (Jn. 14,6), y más aún, como recuerda el Vaticano II, la respuesta es la persona misma de Jesucristo: *«Realmente, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado»...*

Jesucristo, «luz de los pueblos», ilumina el rostro de su Iglesia, la cual es enviada por Él para anunciar el Evangelio a toda criatura (Mc. 16,15).

3. Los pastores de la Iglesia, en comunión con el sucesor de Pedro, son los que guían a los fieles con su magisterio. Juan Pablo II dirige esta encíclica no sólo a los creyentes, sino a todos los hombres de buena voluntad, pues la cuestión moral afecta profundamente a todo hombre, incluso a quienes no conocen a Cristo.

La Iglesia sabe que precisamente *por la senda de la vida moral está abierto a todos el camino de la salvación*, como lo ha recordado claramente el Concilio Vaticano II: «los que sin culpa suya no conocen el Evangelio de Cristo y su Iglesia, pero buscan a Dios con sincero corazón e intentan en su vida con la ayuda de la gracia, hacer la voluntad de Dios, conocida a tra-

vés de lo que les dice su conciencia, pueden conseguir la salvación eterna» (LG. 16).

Objeto de la presente encíclica

4. Es cierto que los Sumos Pontífices sobre todo en los dos últimos siglos han desarrollado y propuesto una enseñanza moral sobre los *múltiples y diferentes ámbitos de la vida humana*; sin embargo, hoy *se hace necesario reflexionar sobre el conjunto de la enseñanza moral de la Iglesia*, con el fin preciso de recordar algunas verdades fundamentales de la doctrina católica, que en el contexto actual corren el riesgo de ser deformadas o negadas.

En efecto, ha venido a crearse *una nueva situación dentro de la misma comunidad cristiana*, en la que se difunden muchas dudas y objeciones de orden humano y psicológico, social, y cultural, religioso e incluso específicamente teológico sobre las enseñanzas morales de la Iglesia.

Se rechaza la doctrina tradicional sobre la ley natural y la permanente validez de sus preceptos, y se consideran inaceptables algunas enseñanzas morales de la Iglesia. Esta discrepancia entre la respuesta tradicional y algunas posiciones teológicas, difundidas incluso en Semonarios y Facultades de Teología, afecta a cuestiones de máxima importancia para la Iglesia, la vida de fe de los cristianos y la convivencia humana.

Es más, se plantea la cuestión de si los mandamientos de Dios, que están grabados en el corazón del hombre y forman parte de la Alianza, son capaces verdaderamente de iluminar las opciones cotidianas de cada persona y de la sociedad entera. ¿Es posible obedecer a Dios y, por tanto, amar a Dios y al prójimo, sin respetar en todas las circunstancias estos mandamientos?

Está también difundida la opinión que pone en duda el nexo intrínseco e indivisible entre fe y moral, llegando así a negar la competencia del Magisterio en Materia moral.

5. El Papa se dirige a los Obispos por compartir con él la responsabilidad de custodiar la «sana doctrina» (2 Tim. 4,3),

con la intención de precisar algunos aspectos doctrinales y morales fundamentales.

Hace luego el Papa relación al *Catecismo de la Iglesia Católica*, y dice que la encíclica se limita a afrontar *algunas cuestiones fundamentales de la enseñanza moral de la Iglesia*, y remite al *Catecismo*, «el cual contiene una exposición completa y sistemática de la doctrina moral cristiana», es «el texto de referencia seguro y auténtico para la enseñanza de la doctrina católica» y describe el contexto espiritual en el que la vida moral llega a su madurez.

Cap. 1º. MAESTRO, ¿QUÉ DEBO HACER DE BUENO...? (Mt. 19,16)

Cristo y la respuesta a la pregunta moral

«Se le acercó uno...»

6. *El diálogo de Jesús con el joven rico es una enseñanza moral muy útil para todos: «Se le acercó uno y le dijo: "Maestro, ¿qué he de hacer de bueno para conseguir la vida eterna? El le dijo: ¿Por qué me preguntas acerca de lo bueno? Uno sólo es el Bueno. Mas si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos. ¿Cuáles? le dice él. Y Jesús dio: "No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no levantarás falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre y amarás a tu prójimo como a ti mismo". Dícele el joven: Todo eso lo he guardado, ¿qué más me falta? Jesús le dijo: "Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego ven y sígueme"» (Mt. 19,16-21).*

7. *«Se le acercó uno...».* En el joven podemos reconocer a *todo hombre que se acerca a Cristo, Redentor del hombre y le formula la pregunta moral*, pregunta que es de pleno significado para la vida.

Esta pregunta es un llamamiento al Bien absoluto que nos atrae y nos llama hacia sí; es el eco de la llamada de Dios, origen y fin de la vida del hombre. La respuesta que dio Jesús al

joven es la que satisface plenamente el anhelo del corazón humano.

Para que los hombres puedan realizar este «encuentro» con Cristo, Dios ha querido su Iglesia, y por medio de ella todo hombre puede encontrar a Cristo.

Maestro, ¿qué he de hacer de bueno para conseguir vida eterna? (Mt. 19,16)

8. Desde la profundidad del corazón surge la pregunta que el joven rico dirige a Jesús de Nazaret: *pregunta esencial e ineludible para la vida de todo hombre*, pues se refiere al bien moral que hay que practicar y a la vida eterna.

Es necesario que el hombre de hoy se dirija nuevamente a Cristo para obtener de Él la respuesta sobre lo que es bueno y lo que es malo. Él es el Maestro, el Resucitado que tiene en sí mismo la vida y que está siempre presente en su Iglesia y en el mundo. Es Él quien desvela a los fieles el libro de las Escrituras y *enseña la verdad sobre el obrar moral*.

Si queremos, pues, penetrar en el núcleo de la moral evangélica y comprender su contenido profundo e inmutable, debemos escrutar cuidadosamente el sentido de la pregunta hecha por el joven rico del Evangelio y, más aún, el sentido de la respuesta de Jesús, dejándonos guiar por Él.

«Uno sólo es el Bueno» (Mt. 19,17)

9. Jesús dice: *«¿por qué me preguntas acerca de lo bueno? Uno solo es el Bueno. Mas si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos»* (Mt. 19,17). Marcos y Lucas formulan así la pregunta: *«¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino sólo Dios»* (Mc. 10,18; Lc. 18,19).

Antes de responder a la pregunta, Jesús quiere que el joven le reconozca como Dios, porque *«nadie es bueno sino sólo Dios»*. *Sólo Dios puede responder a la pregunta sobre el bien, porque Él es el Bien* (el Bien por esencia).

En efecto, *interrogarse sobre el bien significa en último término dirigirse a Dios*, que es plenitud de la bondad, bondad que tiene su fuente en Dios, más aún, es Dios mismo. Aquél que es la fuente de la felicidad del hombre, es el que solamente es digno de ser amado «con todo el corazón, con toda el alma y con toda la mente» (Mt. 22,37).

10. La Iglesia, iluminada por las palabras del Maestro cree que el hombre, hecho a imagen del Creador, redimido con la sangre de Cristo y santificado por la presencia del Espíritu Santo, tiene como *fin último* de su vida ser «*alabanza de la gloria*» de Dios (Ef. 1,12) haciendo así que cada una de sus acciones refleje su esplendor.

El Decálogo se fundamenta sobre estas palabras: «*Yo soy el Señor, tu Dios, que te he sacado del país de Egipto, de la casa de la servidumbre. No habrá para ti otros dioses delante de Mi*» (Ex. 20,2-3).

En los diez mandamientos y en toda la Ley, Dios se hace conocer y reconocer como Aquél que «sólo es bueno»; como Aquél que, a pesar del pecado del hombre, continua siendo el «modelo» del obrar moral, según su misma llamada: «Sed santos, porque Yo, el Señor, vuestro Dios, soy santo» (Lev. 19,2).

La vida moral se presenta como la respuesta debida a las iniciativas gratuitas que el amor de Dios multiplica en favor del hombre. Es una *respuesta de amor*, según este enunciado: «*Escucha Israel: el Señor es nuestro Dios, el Señor es uno solo. Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza. Queden en tu corazón estos preceptos que yo te doy hoy. Se los repetirás a tus hijos*» (Dt. 6,4-7).

11. La afirmación de que «uno solo es el Bueno», nos remite así a la «primera tabla de los mandamientos, que exige reconocer a Dios como Señor único y absoluto, y darle culto solamente a Él porque es infinitamente santo (Ex. 20,2-11). *El bien es pertenecer a Dios, obedecerle*, caminar humildemente en Él practicando la justicia y amando la piedad (Miq. 6,8).

Reconocer al Señor como Dios es el núcleo fundamental, el corazón de la ley, del que derivan y al que se ordenan los preceptos particulares...

El «*cumplimiento*» de los mandamientos puede lograrse sólo

como un don de Dios: es el ofrecimiento de una participación en la Bondad divina que se revela y se comunica en Jesús, aquél que el joven rico llama con las palabras «Maestro bueno» (Mc. 10,17)...

**«Si quieres entrar en la vida,
guarda los mandamientos» (Mt. 19,17)**

12. Sólo Dios puede responder a la pregunta sobre el bien porque Él es el Bien. Pero Dios ya respondió a esta pregunta: lo hizo *creando al hombre y ordenándolo* a su fin con sabiduría y amor, mediante la ley inscrita en su corazón (Rom. 2,15), la «ley natural». Esta «no es más que la luz de la inteligencia infundida en nosotros por Dios. Gracias a ella conocemos lo que se debe hacer y lo que se debe evitar. Dios dio esta luz y esta ley en la creación». Después lo hizo en la *historia de Israel*, particularmente con los *mandamientos del Sinaí*...

Después de precisar Jesús que «uno solo es el Bueno», responde al joven: «*Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos*» (Mt. 19,17. De este modo, se enuncia *una estrecha relación entre la vida eterna y la obediencia a los mandamientos de Dios*: los mandamientos indican al hombre el camino de la vida eterna que a ella conducen.

13. La respuesta de Jesús no le basta al joven, que insiste preguntando al Maestro sobre los mandamientos que hay que observar. «¿Cuáles?», le dice él. Jesús le recuerda los mandamientos del Decálogo que se refieren al prójimo... Los mandamientos de la Ley que el Señor recuerda al prójimo: son determinados preceptos que pertenecen a la llamada «segunda tabla» del Decálogo, cuyo compendio (Rom. 13,8-10) y fundamento es *el mandamiento del amor al prójimo*: «*Ama a tu prójimo como a ti mismo*» (Mt. 19,19). En este precepto se expresa precisamente *la singular dignidad de la persona humana*...

Como leemos en el *Catecismo de la Iglesia Católica* «los diez mandamientos pertenecen a la revelación de Dios que nos enseñan al mismo tiempo la verdadera humanidad del hombre. Ponen de relieve los deberes esenciales y, por tanto, indirecta-

mente, los derechos fundamentales, inherentes a la naturaleza de la persona humana» (n. 2070).

El «*no matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no levantarás falso testimonio*», son normas morales formuladas en término de prohibición. Los preceptos negativos expresan con singular fuerza la exigencia indeclinable de proteger la vida humana, la comunión de las personas en el matrimonio, la propiedad privada, la veracidad y la buena fama.

Los mandamientos constituyen, pues, la condición básica para el amor al prójimo y constituyen la *primera etapa necesaria en el camino hacia la libertad*, su inicio. «La primera libertad, dice San Agustín consiste en estar exentos de crímenes... como serían el homicidio, el adulterio, la fornicación, el robo, el fraude, el sacrilegio y pecados como éstos..., pero esto no es más que el inicio de la libertad, no la libertad perfecta...».

14. Los dos mandamientos, de los cuales «penden toda la Ley y los Profetas» (Mt. 22,40), están profundamente unidos entre sí, es decir, son inseparables. Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento son explícitos en afirmar que *sin el amor al prójimo*, que se concreta en la obediencia de los mandamientos, no es posible el auténtico amor a Dios. San Juan lo afirma así: «*Si alguno dice: "Amo a Dios", y aborrece a su hermano, es un mentiroso...*» (1 Jn. 4,20).

A la pregunta que hizo el doctor a Jesús: «¿*Quién es mi prójimo?*», le respondió con la parábola del buen samaritano, la parábola-clave para la plena comprensión del mandamiento del amor al prójimo (Lc. 10,29-37).

15. En el «Sermón de la Montaña», que constituye la *carta magna* de la moral evangélica, Jesús dice: «*No penséis que he venido a abolir la ley y los profetas. No he venido a abolir, sino a perfeccionarla*» (Mt. 5,17). Cristo es la clave de las Escrituras, *ellas son las que dan testimonio de mí*» (Jn. 5,39).

Jesús lleva a cumplimiento los mandamientos de Dios, en particular el mandamiento del amor al prójimo... Jesús muestra que los mandamientos no deben ser entendidos como un límite mínimo que no hay que sobrepasar, sino como una senda abierta para un camino moral y espiritual de perfección, cuyo impulso interior es el amor (Col. 3,14).

Así, el mandamiento «no matarás», se transforma en la llamada a un amor solícito que tutela e impulsa la vida del prójimo; el precepto que prohíbe el adulterio, se convierte en la invitación a una mirada pura, capaz de respetar el significado esponsal del cuerpo...: *«Habéis oído que se dijo: "No cometerás adulterio. Pues Yo os digo: Todo el que mira a una mujer deseándola, ya cometió adulterio con ella en su corazón»* (Mt. 5,21 ss).

Jesús mismo es el «cumplimiento» vivo de la Ley ya que Él realiza su auténtico significado con el don total de sí mismo. El mismo se hace *ley viviente y personal*, que invita a su seguimiento...

«Si quieres ser perfecto» (Mt. 19,21)

16. La respuesta sobre los mandamientos no satisface al joven, que de nuevo pregunta a Jesús: *«Todo eso lo he guardado; ¿qué más me falta?»*. Aunque el joven rico haya guardado los mandamientos de Dios desde su infancia, él sabe ante la persona de Jesús que todavía le falta algo..., y el Maestro bueno lo invita a emprender el *camino de la perfección*: *«Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego ven y sígueme»* (Mt. 19,21).

Las bienaventuranzas confirman y perfeccionan los mandamientos de Dios y aunque no coincidan exactamente con ellos, sin embargo *no hay separación o discrepancia* entre las bienaventuranzas y los mandamientos, porque ambos se refieren al bien, a la vida eterna. el Sermón de la Montaña comienza con el anuncio de las bienaventuranzas, pero hace también referencia a los mandamientos (Mt. 5,20-48), y vienen a ser invitaciones al seguimiento de Jesús y a la comunión de vida con Él.

17. Jesús dijo al joven del Evangelio y nos lo dice a todos: *«Si quieres...»* Este *«si quieres»*, indica que somos libres para cumplir la ley de Dios, y al decirle: *«ven, y sígueme»* indica el don divino de la gracia...

La palabra, pues, de Jesús: *«Si quieres»*, manifiesta la di-

námica particular del crecimiento de la libertad hacia su madurez y, al mismo tiempo, *atestigua la relación fundamental de la libertad con la ley divina*.

La libertad del hombre y la ley de Dios no se oponen, sino, al contrario, se reclaman mutuamente. El discípulo de Cristo sabe que la suya es una vocación a la libertad. «*Hermanos, habéis sido llamados a la libertad*» (Gal. 5,13); pero el apóstol, a continuación precisa: «*No toméis de esa libertad pretexto para la carne; antes, al contrario, servíos por amor los unos a los otros*»... «En la medida que sirvamos a Dios, dice San Agustín, somos libres, mientras que en la medida en que sigamos la ley del pecado somos esclavos». Por eso nos dice el apóstol: «*El que comete el pecado es esclavo del pecado*» (Jn. 8,34). La verdadera libertad es la de los «hijos de Dios» (Rom. 8,21).

18. La vocación al amor perfecto no está reservada de modo exclusivo a una élite de personas. La invitación: «*anda, vende lo que tienes y dáselo a los pobres*», junto con la promesa «*tendrás un tesoro en los cielos*», se dirige a todos, porque es una radicalización del mandamiento del amor al prójimo... Jesús precisa en San Lucas el sentido de esta perfección: «*Sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso*» (Lc. 6,36).

«Ven, y sígueme» (Mt. 19,21)

19. El camino y a la vez el contenido de esta perfección consiste en el seguimiento de Jesús, después de haber renunciado a los propios bienes y a sí mismos. Precisamente ésta es la conclusión del coloquio de Jesús con el joven: «*luego ven, y sígueme*».

Es Jesús mismo quien toma la iniciativa y llama a seguirle. La llamada está dirigida sobre todo a aquellos a quienes confía una misión particular, como lo hiciera con los apóstoles... Por esto, seguir a Cristo es *el fundamento esencial y original de la moral cristiana*. Como el pueblo de Israel seguía a Dios por el desierto, así los discípulos siguen a Jesús.

Este seguimiento «no consiste sólo en escuchar una enseñanza y cumplir un mandamiento, sino en algo mucho más ra-

dical: *adherirse a la persona misma de Jesús*, compartir su vida y destino, participar de su obediencia libre y amorosa a la voluntad del Padre».

El discípulo de Jesús, siguiendo, mediante la adhesión por la fe, a aquél que es la Sabiduría encarnada, se hace verdaderamente *discípulo de Dios* (Jn. 6,45). En efecto, Jesús es la luz del mundo, la luz de la vida, el pastor que guía y alimenta a las ovejas, Él es el Camino, la Verdad y la Vida (Jn. 14,6).

20. *Jesús pide que le sigan y le imiten en el camino del amor* que se da totalmente a los hermanos por amor de Dios: «Este es mi mandamiento: que os améis los unos a los otros *como Yo os he amado*» (Jn. 15,12). Es el mandamiento «nuevo». Este «como» indica la medida con la que Jesús ha amado y deben amarse sus discípulos entre si. Jesús nos ha amado «hasta el extremo», yendo por el camino del sacrificio y de la cruz, «dando la vida por sus amigos» (Jn. 15,13), y a todos nos dice: «*Si alguno quiere venir en pos de Mi, niéguese a si mismo, tome su cruz y sígame*» (Mt. 16,24).

21. *Seguir a Cristo* no es una imitación exterior, porque afecta al hombre en su interioridad más profunda. Ser discípulo de Jesús significa hacerse *conforme a Él*, que se hizo servidor de todos hasta el don de si mismo en la cruz (Fil. 2,5-8).

Mediante la fe, Cristo habita en el corazón del creyente (Ef. 3,17), el discípulo se asemeja a su Señor y se configura con Él; lo cual es *fruto de la gracia*, de la presencia operante del Espíritu Santo en nosotros.

El bautizado, muerto al pecado, recibe una vida nueva..., y la participación sucesiva en la Eucaristía es el culmen de la asimilación a Cristo, fuente de «vida eterna» (Jn. 6,51-58)... Mediante los sacramentos, el cristiano se configura con Cristo y se hace miembro de la Iglesia.

«Para Dios todo es posible» (Mt. 19,26)

22. La conclusión del coloquio de Jesús con el joven rico es amarga: «*Al oír estas palabras, el joven se marchó entristecido, porque tenía muchos bienes*» (Mt. 19,22). No sólo el hom-

bre rico, sino también los mismos discípulos se asustan de la llamada de Jesús al seguimiento, cuyas exigencias superan las aspiraciones y las fuerzas humanas, y por eso llenos de asombro, decían: *«Entonces, ¿quién se podrá salvar?»*.

Mas el Maestro pone ante los ojos el poder de Dios: *«Para los hombres eso es imposible; mas para Dios todo es posible»* (Mt. 19,26), es decir, El seguimiento de Cristo es posible con la gracia, don del Espíritu Santo.

Igualmente, cuando Jesús se refirió específicamente al carisma del «celibato» por el Reino de los cielos» (Mt. 19,12) con motivo de interpretar la ley mosaica sobre el matrimonio y rechazar el derecho al repudio, como la apelación al «principio» asustase a los discípulos, les dijo: *«No todos entienden este lenguaje, sino aquellos a quienes se les ha concedido de lo alto»* (Mt. 19,11), es decir, les remite a la nueva y sorprendente posibilidad abierta al hombre por la gracia de Dios. Hay, pues, que fortificar la voluntad y apoyarse en el auxilio de la gracia divina.

23. Sólo en el ámbito de la vida nueva o vida de la gracia es posible practicar los mandamientos de Dios. Por eso dice San Pablo: *«La ley del Espíritu es la que nos da la vida en Cristo Jesús y es la que nos libra de la ley del pecado y de la muerte»* (Rom. 8,2), y la promesa de la vida eterna está vinculada al don de la gracia, y el don del Espíritu que hemos recibido es ya *«prenda de nuestra herencia»* (Ef. 1,14).

San Agustín nos dice: *«La ley ha sido dada para que se implorase la gracia; y la gracia ha sido dada para que se observase la ley»*.

24. El amor a que Dios nos llama es una posibilidad dada al hombre por la gracia interior del Espíritu o don de Dios... Pero el don de Dios no disminuye, sino que refuerza la exigencia moral del amor. *«Este es su mandamiento; que creamos en el nombre de su Hijo, Jesucristo, y que nos amemos unos a otros tal como nos lo mandó»* (1 Jn. 3,23). Se puede «permanecer» en el amor sólo bajo la condición de que se observen los mandamientos, como afirma Jesús: *«Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor...»* (Jn. 15,10).

«He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt. 28,20)

25. El coloquio de Jesús con el joven rico *continúa en cierto sentido, en cada época de la historia; también hoy*. La pregunta: «Maestro, ¿qué he de hacer de bueno para conseguir la vida eterna?», brota en el corazón de todo hombre, y sólo Cristo nos ofrece la respuesta plena y definitiva. Y Él que nos enseña los mandamientos de Dios e invita a su seguimiento, nos da la gracia para una vida nueva y está siempre presente en medio de nosotros: «*He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo*».

La tarea de custodiar e interpretar autorizadamente los mandamientos ha sido confiada por Jesús a sus apóstoles y sucesores: «*Quien a vosotros escucha, a Mi me escucha*» (Lc. 10,16).

26. Los apóstoles, encargados de predicar el Evangelio, *vigilaron* desde los orígenes de la Iglesia, *sobre la recta conducta de los cristianos*, a la vez que vigilaron sobre la pureza de la fe y la transmisión de los dones divinos mediante los sacramentos.

Ninguna laceración debe atentar contra la *armonía entre la fe y la vida: la unidad de la Iglesia* es herida no sólo por los cristianos que rechazan o falsean la verdad de la fe, sino también por aquellos que desconocen las obligaciones morales a las que los llama el Evangelio (1 Cor. 5,9-13).

27. La misión confiada por Jesús a los apóstoles es promover y custodiar, en la unidad de la Iglesia, la fe y la vida moral (Mt. 28, 19-20), la cual se continua en el ministerio de sus sucesores.

Dentro de la Tradición apostólica se desarrolla, con la asistencia del Espíritu Santo, la *interpretación auténtica* de la ley del Señor. El mismo Espíritu que está en el origen de la Revelación, de los mandamientos y de las enseñanzas de Jesús, garantiza que sean custodiados santamente, expuestos fielmente y aplicados correctamente en el correr de los tiempos y las circunstancias.

Como afirma el Concilio, «el oficio de interpretar auténticamente la palabra de Dios, oral o escrita, ha sido enco-

mendado sólo al Magisterio vivo de la Iglesia, el cual lo ejerce en nombre de Jesucristo» (DV 10). La Iglesia es así: «*columna y fundamento de la verdad*», también de la verdad moral.

Cap. 2º «NO OS CONFORMÉIS A LA MENTALIDAD DE ESTE MUNDO» (Rom. 12,2)

La Iglesia y el discernimiento de algunas tendencias de la teología moral actual

Enseñar lo que es conforme a la sana doctrina (Tit. 2,1)

28. La Iglesia, en su reflexión moral, siempre ha tenido presente las palabras que Jesús dirigió al joven rico. En efecto, la Sagrada Escritura es la fuente siempre viva y fecunda de la doctrina moral de la Iglesia, como ha recordado el Concilio Vaticano II: «El Evangelio es... fuente de toda verdad salvadora y de toda norma de conducta» (DV. 7).

La Iglesia ha custodiado fielmente lo que la Palabra de Dios enseña no sólo sobre las verdades de fe, sino también sobre el comportamiento moral, es decir, el comportamiento que agrada a Dios.

29. La teología moral, que ha experimentado cierta renovación después del Vaticano II, es una reflexión que concierne la «moralidad», o sea, el bien y el mal de los actos humanos y de la persona que los realiza, y en este sentido está abierta a todos los hombres...

El mismo Concilio invitó a los estudiosos a poner «*una atención especial en perfeccionar la teología moral*», su exposición científica, alimentada en mayor grado con la doctrina de la Sagrada Escritura... e invitó a los teólogos a observar los métodos y exigencia propios de la ciencia teológica...

El Papa reconoce el esfuerzo de muchos teólogos que han contribuido a presentar la moral cristiana de un modo más ade-

cuado a la sensibilidad de los hombres de nuestro tiempo y en más viva relación con sus interrogantes. Les agradece este esfuerzo y les invita a proseguir en el mismo. Pero advierte que se han dado algunas interpretaciones de la moral cristiana que no son compatibles con la sana doctrina.

El Magisterio de la Iglesia, ciertamente, no desea imponer a los fieles ningún sistema teológico particular y menos filosófico, sino que, para «custodiar celosamente y explicar fielmente» la palabra de Dios (DV. 10) tiene el deber de declarar la incompatibilidad de ciertas orientaciones del pensamiento teológico y de algunas afirmaciones filosóficas con la verdad revelada.

30. El Papa dice que al dirigirse con esta encíclica a los obispos, desea enunciar los principios necesarios para *«el discernimiento de lo que es contrario a la doctrina sana»*... y al referirse a la *pregunta fundamental* que el joven del Evangelio hizo a Jesús: *«Maestro bueno, ¿qué he de hacer para tener en herencia la vida eterna?»*, dice que está vinculada a «los enigmas recónditos de la condición humana que, hoy como ayer, conmueven íntimamente los corazones: ¿Qué es el hombre? ¿Cuál es el sentido y el fin de nuestra vida? ¿Qué es el bien y qué el pecado? ¿Cuál es el origen y el fin del dolor?... ¿Qué es la muerte, el juicio y la retribución después de la muerte?...

Estos y otros interrogantes, como ¿qué es la libertad y cuál su relación con la verdad contenida en la ley de Dios? ¿Cuál es el papel de la conciencia en la formación de la concepción moral del hombre?, etc., se pueden resumir en dicha pregunta fundamental.

La Iglesia propone nuevamente, todavía hoy, la respuesta del Maestro, que es una luz y una fuerza capaces de resolver incluso las cuestiones más discutidas y complejas.

Es siempre bajo esta misma luz y fuerza que el *Magisterio de la Iglesia realiza su obra de discernimiento*, acogiendo y aplicando la exhortación que el apóstol Pablo dirigía a Timoteo: *«Te conjuro en presencia de Dios... proclama la Palabra, insiste a tiempo y a destiempo, reprende, amenaza, exhorta... porque vendrán tiempos en que los hombres no soporten la doctrina sana... Tu, en cambio, pórtate en todo con prudencia,*

soporta los sufrimientos, realiza la función de evangelizador, desempeña a la perfección tu ministerio» (2 Tim. 4,1-5).

«Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres» (Jn. 8,32)

31. Los problemas humanos más debatidos y resueltos de manera diversa en la reflexión moral contemporánea se relacionan, aunque sea de modo distinto, con un problema crucial: *la libertad del hombre.*

A este respecto el Concilio Vaticano II nos dice: «De la dignidad de la persona humana tiene el hombre de hoy una conciencia cada día mayor, y aumenta el número de quienes exigen que el hombre en su actuación goce y use de su propio criterio y de libertad responsable, no movido por coacción, sino guiado por la conciencia del deber» (DH. 1).

En concreto, el derecho a la libertad religiosa y al respeto de la conciencia en su camino hacia la verdad es sentido cada vez más como fundamento de los derechos de la persona, considerados en su conjunto.

32. En algunas corrientes del pensamiento moderno *se ha llegado a exaltar la libertad hasta el extremo de considerarla como un absoluto*, que sería la fuente de los valores. En esta dirección se orientan las doctrinas que desconocen el sentido de lo trascendente o las que son explícitamente ateas. Se han atribuido a la conciencia individual las prerrogativas de una instancia suprema del juicio moral, como si éste fuese verdadero por el hecho mismo de que proviene de la conciencia, llegando así a una concepción radicalmente subjetivista del mismo, y de aquí la crisis en torno a la verdad.

Esta visión coincide con una ética individualista, para la cual cada uno se encuentra ante su verdad, diversa de la verdad de los demás.

33. *Paralelamente a la exaltación de la libertad*, y paradójicamente en contraste con ella, la cultura moderna pone radicalmente en duda esta misma libertad. Un conjunto de disciplinas, agrupadas bajo el nombre de «ciencias humanas», han llamado justamente la atención sobre los condicionamientos de

orden psicológico y social que pesan sobre el ejercicio de la libertad humana..., y sus interpretaciones abusivas suelen llevar a una concepción relativista de la moral.

34. *«Maestro bueno, ¿qué he de hacer para tener en herencia la vida eterna?»*. La pregunta moral, a la que responde Cristo, no puede prescindir del problema de la libertad, es más, lo considera central, porque *no existe moral sin libertad*: «El hombre puede convertirse al bien sólo en la libertad».

«La verdadera libertad es signo eminente de la imagen divina en el hombre, pues quiso Dios *«dejar al hombre en manos de su propia decisión»* (Eclo. 15,14), de modo que busque sin coacciones a su Creador y, adhiriéndose a Él, llegue libremente a la plena y feliz perfección» (GS. 57). El hombre debe buscar la verdad y de seguirla una vez conocida.

La libertad depende fundamentalmente de la verdad. Dependencia que ha sido expresada de manera límpida y autorizada por las palabras de Cristo: *«Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres»* (Jn. 8,32).

I. LA LIBERTAD Y LA LEY

«Del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás» (Gén. 2,17)

35. Leemos en el Génesis: *«Dios impuso al hombre este mandamiento: De cualquier árbol del jardín puedes comer, mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás, porque el día que comieres de él, morirás sin remedio»* (Gén. 2,16-17).

Con esta imagen, la Revelación enseña que *el poder de decidir sobre el bien y el mal no pertenece al hombre, sino sólo a Dios*. El hombre es ciertamente libre, desde el momento en que puede comprender y acoger los mandamientos de Dios. Y posee una libertad muy amplia, porque puede comer *«de cualquier árbol del jardín»*. Pero esta libertad no es ilimitada: el hombre debe detenerse ante el *«árbol de la ciencia del bien y del mal»*, por estar llamado a aceptar la ley moral que Dios le da.

La ley de Dios no atenúa ni elimina la libertad del hombre, al contrario, la garantiza y promueve, mas no se opone a ella, sino que la orienta.

Un ejemplo gráfico: Las leyes de la circulación, ¿qué son, sino una orientación para que encauces bien la libertad? Muchos por quebrantarlas mueren en algún accidente. Dios, pues, te ha trazado el camino de los mandamientos para llegar al cielo. Si te apartas de él, no llegarás.

36. Algunos han llegado a teorizar una *completa autonomía de la razón* en el ámbito de las normas morales relativas al recto ordenamiento de la vida en este mundo. Tales normas constituirían el ámbito de una moral solamente «humana», es decir, serían la expresión de una ley que el hombre se da autónomamente a sí mismo y que tiene su origen exclusivamente en la razón humana. Dios en modo alguno podría ser considerado Autor de esta ley...

La teología moral católica nunca ha intentado contraponer la libertad humana a la ley divina, ni poner en duda la existencia de un fundamento religioso último de las leyes morales... No hay que olvidar que la razón humana depende de la Sabiduría divina y en su estado actual tiene necesidad de la Revelación para conocer la verdad moral.

37. Algunos teólogos moralistas han llegado a hablar de principios contrarios a la doctrina católica, llegando hasta el punto de negar la existencia, en la divina Revelación, de un contenido moral específico y determinado, universalmente válido y permanente: la Palabra de Dios se limitaría a proponer una exhortación, una parénesis genérica, que luego sólo la razón autónoma tendría el cometido de llenar de determinaciones normativas verdaderamente «objetivas», es decir, adecuadas a la situación histórica concreta... Mas no hay nadie que no vea que semejante interpretación de la autonomía de la razón humana comporta tesis incompatibles con la doctrina católica.

Dios quiso dejar al hombre «en manos de su propio albedrío» (Eclo. 15,14)

Citando el Concilio estas palabras del Eclesiástico explica así la «verdadera libertad»: «*Quiso Dios "dejar al hombre en manos de su propio albedrío"* de modo que busque sin coacciones a su Creador y, adhiriéndose a Él, llegue libremente a la plena y feliz perfección» (GS. 17). estas palabras indican la maravillosa profundidad de la *participación en la soberanía divina*, a la que el hombre ha sido llamado; indican que la soberanía del hombre se extiende, en cierto modo, sobre el hombre mismo.

39. No sólo el mundo, sino también *el hombre mismo ha sido confiado a su propio cuidado y responsabilidad*. Dios lo ha dejado «en manos de su propio albedrío» (Eclo. 15,14) para que busque a su Creador y alcanzase libremente la perfección. *Alcanzar significa edificar personalmente en sí mismo esta perfección*.

El Concilio, no obstante, llama la atención ante un falso concepto de autonomía de las realidades terrenas: el que considera que «las cosas creadas no dependen de Dios y que el hombre puede utilizarlas sin hacer referencia al Creador» (GS. 36). Semejante concepto de autonomía tiene un carácter ateo, «sin el Creador la criatura se diluye...».

40. La vida moral se basa en el principio de una «justa autonomía» del hombre, sujeto personal de sus actos. *La ley moral proviene de Dios y en Él tiene siempre su origen*. En virtud de la razón natural, que deriva de la Sabiduría divina, la ley moral, *es al mismo tiempo, la ley propia del hombre*.

En efecto, la ley natural, como se ha visto, «no es otra cosa que la luz de la inteligencia infundida en nosotros por Dios, y gracias a ella conocemos lo que se debe hacer y lo que se debe evitar».

41. *La verdadera autonomía moral* del hombre no significa en absoluto el rechazo, sino la aceptación de la ley moral, del mandato de Dios (Gén. 2,16). *La libertad del hombre y la ley de Dios* se encuentran y están llamadas a compenetrarse entre sí, en el sentido de la libre obediencia del hombre a Dios y de la gratuita benevolencia de Dios al hombre.

La razón y la voluntad humana participan de la sabiduría y de la providencia de Dios. Al prohibir al hombre que coma «del árbol de la ciencia del bien y del mal», Dios afirma que el hombre no tiene originariamente este «conocimiento», sino que participa de él solamente mediante la luz de la razón natural y de la revelación divina, que le manifiestan las exigencias y las llamadas de la sabiduría eterna.

Dichoso el hombre que se complace en la ley del Señor (Sal. 1,1-2)

42. La libertad del hombre solamente por su obediencia a la ley divina permanece en la verdad, y es conforme a la dignidad humana, como dice el Concilio: «La dignidad del hombre requiere, en efecto, que actúe según una elección consciente y libre, es decir, movido e inducido personalmente desde dentro y no bajo la presión de un ciego impulso interior o de la mera coacción externa.

«El hombre logra esta dignidad cuando, liberándose de toda esclavitud de las pasiones, persigue su fin en la libre elección del bien y se procura con eficacia y habilidad los medios adecuados para ello».

El hombre en su tender hacia Dios (sólo él es bueno), debe hacer libremente el bien y evitar el mal. Pero para esto el hombre debe poder *distinguir el bien del mal*. Y esto sucede ante todo, gracias a la luz de la razón natural, reflejo en el hombre del esplendor del rostro de Dios.

43. El Concilio Vaticano II recuerda que «la norma suprema de la vida humana es la misma ley divina, eterna, objetiva y universal mediante la cual Dios ordena, dirige y gobierna, con el designio de su sabiduría y de su amor, el mundo y los caminos de la comunidad humana. Dios hace al hombre partícipe de esta ley suya, de modo que el hombre, según ha dispuesto suavemente la Providencia divina, pueda reconocer cada vez más la verdad inmutable» (DH. 3).

La criatura racional participa de la razón eterna, y seme-

jante participación de la ley eterna en la criatura racional se llama ley natural.

44. León XIII ponía de relieve *la esencial subordinación de la razón y de la ley humana a la Sabiduría de Dios y a su ley*, y después de afirmar que la *ley natural* está escrita y grabada en el ánimo de todos los hombres y de cada hombre (ya que no es otra cosa que la misma razón humana que nos manda hacer el bien y nos intima a no pecar) se refiere a la «razón más alta» del Legislador divino.

«La ley natural es, pues, *la misma ley eterna*, ínsita en los seres dotados de razón, que los inclina al *acto y al fin que les conviene*; es la misma razón eterna del Creador y gobernador del universo».

El hombre puede reconocer el bien y el mal gracias a aquel discernimiento del bien y del mal que el mismo realiza *mediante su razón iluminada por la Revelación divina y por la fe*.

45. La Iglesia acoge con reconocimiento y custodia con amor todo el depósito de la Revelación, tratando con religioso respeto y cumpliendo su misión de interpretar la ley de Dios de manera auténtica a la luz del Evangelio. Además la Iglesia recibe como don *la Ley nueva* que es el «cumplimiento» de la ley de Dios en Jesucristo y en su Espíritu. Es una ley «interior» (Jer. 31,31-33), «escrita... en los corazones», una ley de perfección y de libertad (2 Cor. 3,3.17)...

«Como quienes muestran tener la realidad de esa ley escrita en su corazón» (Rom. 2,15)

46. El presunto conflicto entre la libertad y la ley se replantea hoy con una fuerza singular en relación con la ley natural y, en particular, en relación con la naturaleza; pero, como tenemos dicho, la ley y la libertad no se contraponen.

La filosofía y la teología han expresado la relación de la moral con la libertad del hombre a través de la categoría de ley natural, es decir, la ley escrita en el propio ser del hombre; pero hay dos maneras erradas de concebir la relación entre la libertad y la ley natural como verdad del hombre. La primera conci-

be la ley natural como una ley física identificada con los dinamismos biológicos, las pulsiones psíquicas o los condicionamientos sociales. La segunda concibe la libertad como una instancia creadora de sí misma, de sus valores y, a la postre, del hombre mismo...

Otros dicen que en la promoción sin límites del poder del hombre, o de su libertad, como se constituyen los valores económicos, sociales, culturales e incluso morales...

47. La concepción tradicional de la ley natural es acusada de *fisicismo* y *naturalismo*, esto es, la ley natural presentaría como leyes morales las que en sí mismas serían sólo leyes biológicas..., y según algunos teólogos, semejante «argumento biologista o naturalista» estaría presente incluso en algunos documentos del Magisterio de la Iglesia, especialmente en los relativos al ámbito de la ética sexual y matrimonial.

Ellos dicen que el hombre, como ser racional, no sólo puede, sino que incluso debe *decidir libremente el sentido* de sus comportamientos.

48. Conviene mirar con atención la recta relación que hay entre libertad y naturaleza humana, y en concreto el *lugar que tiene el cuerpo humano en las cuestiones de la ley natural*.

Una libertad que pretende ser absoluta acaba por tratar el cuerpo humano como un ser en bruto, desprovisto de significados y de valores morales hasta que ella no lo revista de su proyecto... Esto no está conforme con la verdad sobre el hombre y sobre su libertad. Contradice *las enseñanzas de la Iglesia sobre la unidad del ser humano*, cuya alma racional es «*per se et esencialiter*» la forma del cuerpo...

El hombre en cuanto persona existe como un todo en cuerpo y alma. En virtud de tal unión, la razón y la voluntad libre están indisolublemente vinculadas con todas las facultades corpóreas y sensibles. La persona entera incluyendo el cuerpo, está confiada a sí misma y es en la unidad de alma y cuerpo donde ella es sujeto de sus propios actos morales.

49. *Una doctrina que no separe el acto moral de las dimensiones corpóreas* de su ejercicio es contraria a las enseñanzas de la Sagrada Escritura y de la Tradición... El apóstol Pablo declara excluidos del Reino de los cielos a los «*impuros*,

idólatras, adúlteros, afeminados, homosexuales, ladrones, avaros, borrachos, ultrajadores y rapaces» (1 Cor. 6,9-10).

En efecto, *cuerpo y alma son inseparables* en la persona, en el agente voluntario y en el acto deliberado, o *permanecen juntos o se pierden*.

50. La ley natural se refiere a la naturaleza propia y originaria del hombre, a la «naturaleza de la persona humana», que es la persona misma en *la unidad de alma y cuerpo*.

El origen, el fundamento del deber de respetar absolutamente la vida humana están en la dignidad propia de la persona y no simplemente en el instinto natural de conservar la propia vida física...

«Pero al principio no fue así» (Mt. 19,8)

51. El presunto conflicto entre libertad y naturaleza repercute también sobre la interpretación de algunos aspectos específicos de la ley natural, principalmente sobre su *universalidad e inmutabilidad*. «¿Dónde, pues, están escritas estas reglas — se pregunta San Agustín—... si no en el libro de aquella luz que se llama verdad?»...

Precisamente gracias a esta «verdad» la *ley natural implica la universalidad*. En cuanto inscrita en la naturaleza racional de la persona, se impone a todo ser dotado de razón y que vive en la historia.

Para perfeccionarse en su orden específico, la persona debe realizar el bien y evitar el mal, preservar la transmisión y la conservación de la vida, mejorar y desarrollar las riquezas del mundo sensible, buscar la verdad, practicar el bien, contemplar la belleza.

La ley natural es universal en sus preceptos, y su autoridad se extiende a todos los hombres. Esta universalidad no prescinde de la singularidad de los seres humanos, ni se opone a la unicidad y a la irrepetibilidad de cada persona; al contrario, abarca básicamente cada uno de sus actos libres, que deben demostrar la universalidad de todo bien.

52. *Los preceptos positivos* prescriben algunas acciones y

actitudes que obligan universalmente como, por ejemplo, seguir a Dios, darle culto y honrar, como es debido, a los padres. Estos preceptos son universales, obligan siempre, unen en el mismo bien común a todos los hombres de cada época de la historia, creados para «la misma vocación y destino divino».

Los preceptos negativos de la ley natural son universalmente válidos: obligan a todos y a cada uno, siempre y en toda circunstancia, porque prohíben comportamientos incompatibles con la bondad de la voluntad de la persona que actúa, con su vocación a la vida con Dios y a la comunión con el prójimo. Esto no significa que las prohibiciones sean más importantes que el compromiso por hacer el bien, sino que el mandamiento de amar a Dios y al prójimo apunta hacia una meta que no tiene ningún límite superior...

Jesús es terminante al hablar de estas prohibiciones: «*Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos...: No matarás, no cometerás adulterios, no robarás, no levantarás falso testimonio*» (Mt. 19,17-18).

53. La gran sensibilidad que el hombre contemporáneo muestra por la historicidad y la cultura, lleva a algunos a dudar de la *inmutabilidad de la misma ley natural*, y por tanto de la existencia de «normas objetivas de moralidad» válidas para todos los hombres de ayer, de hoy y de mañana.

No se puede negar que el hombre existe siempre en una cultura concreta, pero tampoco se puede negar que el hombre no se agota en esta misma cultura. Por otra parte, el progreso mismo de las culturas demuestra que en el hombre existe algo que las trasciende. Este «algo» es precisamente *la naturaleza del hombre...*, que no cambia.

II. CONCIENCIA Y VERDAD

El sagrario del hombre

54. La relación que hay entre libertad del hombre y ley de Dios tiene su base en el «corazón» de la persona, o sea, en su *conciencia moral*. Como afirma el Concilio Vaticano II, «En

lo profundo de su conciencia, el hombre descubre una ley que él no se da a sí mismo, sino a la que debe obedecer y cuya voz resuena, cuando es necesario en los oídos de su corazón, llamándolo siempre a amar y a hacer el bien y a evitar el mal: haz esto, evita aquello. Porque el hombre tiene una ley escrita por Dios en su corazón, en cuya obediencia está la dignidad humana y según la cual será juzgado» (Rom. 2,14-16).

55. Algunos exaltando de modo idolátrico a la libertad y separando a ésta o contraponiéndola a la ley, llevan a una *interpretación «creativa» de la conciencia moral*, que se aleja de la posición tradicional de la Iglesia y de su Magisterio.

El Concilio nos dice que la conciencia es el «sagrario del hombre, en el que está solo con Dios, cuya voz resuena en lo más íntimo de ella» (GS. 16). La conciencia, pues, es la voz de Dios, que nos manda hacer el bien y nos prohíbe hacer el mal, y por eso nos acusa cuando nuestras obras son malas, y nos las aprueba y aplaude si son buenas.

56. Algunos quieren establecer excepciones a la regla general, instaurando en algunos casos una separación o incluso una oposición entre la doctrina del precepto válido en general y la norma de la conciencia individual, que decidiría de hecho, en última instancia, sobre el bien y el mal.

Con esta base se pretende establecer la legitimidad de las llamadas soluciones «pastorales» contrarias a las enseñanzas del Magisterio, y justificar la hermenéutica «creativa», según la cual la conciencia moral no estaría obligada en absoluto, en todos los casos, por un precepto negativo particular.

Con estos planteamientos *se pone en discusión la identidad misma de la conciencia moral* ante la libertad del hombre y ante la ley de Dios.

El juicio de la conciencia

57. San Pablo, al presentarnos la esencia de la ley natural, indica en el siguiente texto el sentido bíblico de la conciencia, especialmente en su vinculación específica con la ley:

«Cuando los gentiles, que no tienen ley, cumplen natural-

mente las prescripciones de la ley, sin tener ley, son ley para sí mismos; los cuales muestran la obra de la ley escrita en sus corazones, siendo testigo su conciencia y los razonamientos que entre sí los acusan o defienden mutuamente» (Rom. 2,14 s).

Según las palabras del apóstol, la conciencia, en cierto modo, pone al hombre ante la ley siendo ella misma «testigo» para el hombre: testigo de su fidelidad o infidelidad a la ley, o sea, de su esencial rectitud o maldad moral. La conciencia es el *único* testigo.

58. La conciencia —son palabras de Juan Pablo II— «es el espacio santo donde Dios habla al hombre», y en ella se entabla un íntimo diálogo del hombre consigo mismo y con Dios, autor de la ley, primer modelo y fin último del hombre. «La conciencia —dice San Buenaventura— es como un heraldo de Dios y su mensajero, y lo que dice no lo manda por sí misma, sino que lo manda como venido de Dios..., y de ellos deriva el hecho de que la conciencia tiene la fuerza de obligar».

59. San Pablo no se limita a reconocer que la conciencia hace de «testigo», sino que manifiesta también el modo como ella realiza semejante función. Se trata de «razonamientos» que acusan o defienden a los paganos en relación con sus comportamientos (Rom. 2,15).

El término «razonamientos» evidencia el carácter propio de la conciencia, que es el de *ser un juicio moral sobre el hombre y sus actos*. Es un juicio de absolución o de condena según que los actos humanos sean conformes o no con la ley de Dios escrita en el corazón...

El juicio de la conciencia es un *juicio práctico*, o sea, un juicio que ordena lo que el hombre debe hacer, o bien, que valora un acto realizado por él.

60. La «*ley divina*» es *norma universal y objetiva de la moralidad*. El juicio de la conciencia no establece la ley, sino que afirma la autoridad de la ley natural y de la razón práctica con relación al bien supremo, del cual la persona humana acepta el atractivo y acoge los mandamientos... La conciencia no es una fuente autónoma y exclusiva para decidir lo que es bueno o malo, en ella está grabada la ley de Dios que todo lo ordena...

61. La verdad sobre el bien moral, manifestada en la ley de la razón, es reconocida práctica y concretamente por el juicio de la conciencia, el cual lleva a asumir la responsabilidad del bien realizado y del mal cometido; si el hombre comete el mal, el justo juicio de su conciencia es en él testigo de la verdad universal del bien, así como de la malicia de su decisión particular.

Mientras nos demuestra el mal cometido, nos recuerda también el perdón que se ha de pedir... Nos queda como un signo de esperanza y el bien que hay que practicar...

Así, en el juicio práctico de la conciencia, que impone a la persona la obligación de realizar un determinado acto, se manifiesta el vínculo de la libertad con la verdad. Precisamente por esto la conciencia se expresa con actos de «juicio» que reflejan la verdad sobre el bien, y no como decisiones...

Buscar la verdad y el bien

62. «Muchas veces ocurre —dice el Concilio— que la conciencia yerra por ignorancia invencible, sin que por ello pierda su dignidad. Pero no se puede decir esto cuando el hombre no se preocupa de buscar la verdad y el bien y, poco a poco, por el hábito del pecado, la conciencia se queda casi ciega» (GS. 16).

Para tener una conciencia recta (1 Tim. 1,5), el hombre debe buscar la verdad y debe juzgar según esta misma verdad. Como dice el apóstol Pablo, la conciencia debe estar «iluminada por el Espíritu Santo» (Rom. 9,1)... El apóstol también nos invita a la vigilancia, advirtiéndonos que en los juicios de nuestra conciencia se anida siempre la posibilidad del error (Rom. 12,2). Ella *no es un juez infalible*, puede errar. No obstante, el error de la conciencia puede ser el fruto de una *ignorancia invencible*, es decir, de una ignorancia de la que el sujeto no es consciente y de la que no puede salir por sí mismo.

63. De cualquier modo, la dignidad de la conciencia deriva siempre de la verdad: en el caso de conciencia recta, se trata de *la verdad objetiva* acogida por el hombre, en el de la conciencia errónea, se trata de lo que el hombre, equivocándose, con-

sidera *subjetivamente* verdadero. Nunca es aceptable confundir un error «subjetivo» sobre el bien moral con la verdad «objetiva», propuesta racionalmente al hombre en virtud de su fin.

La conciencia, como juicio último concreto, compromete su dignidad cuando es *errónea culpablemente*, o sea, «cuando el hombre no trata de buscar la verdad y el bien.

64. Para poder «*distinguir cual es la voluntad de Dios: lo bueno, lo agradable, lo perfecto*» (Rom. 12,2), es necesario el conocimiento de la ley de Dios en general, pero ésta no es suficiente: es indispensable una especie de «connaturalidad» entre el hombre y el verdadero bien.

Los cristianos tienen, como afirma el Concilio, en la *Iglesia y en su Magisterio una gran ayuda* para la formación de la conciencia. «Los cristianos, al formar su conciencia, deberán atender con diligencia a la doctrina cierta y sagrada de la Iglesia, Maestra de la verdad...» (DH. 14).

La Iglesia se pone sólo y siempre *al servicio de la conciencia* ayudándola a no ser zarandeada aquí y allá por cualquier viento de doctrina según el engaño de los hombres (Ef. 4,14).

III. LA ELECCIÓN FUNDAMENTAL Y LOS COMPORTAMIENTOS CONCRETOS

«Sólo que no toméis esa libertad pretexto para la carne» (Gál. 5,13).

65-68. Hay algunos que ponen de relieve que la libertad no es sólo la elección por esta o aquella acción particular, sino que es también, dentro de esa elección *decisión sobre sí* y disposición de la propia vida a favor o en contra del Bien, a favor o en contra de la Verdad; en última instancia, a favor o en contra de Dios...

Oros proponen una relación radical entre persona y actos, y hablan de una «libertad fundamental» más profunda y diversa de la elección de acción, sin cuya consideración no se podrían comprender ni valorar correctamente los actos humanos... y en virtud de una opción primordial por la caridad, el hombre

podría mantenerse moralmente bueno, perseverar en la gracia de Dios, a pesar de que algunos de sus comportamientos concretos sean contrarios deliberada y gravemente a los mandamientos de Dios.

Hemos de reconocer que la doctrina moral cristiana no está conforme con estas teorías, pues en sus mismas raíces bíblicas, reconoce la específica importancia de una elección fundamental que cualifica la vida moral y que compromete la libertad a nivel radical ante Dios. Se trata de la *elección de la fe, de la obediencia de la fe* (Rom. 16,26), por la que el hombre se entrega entera y libremente a Dios, y le ofrece el homenaje total de su entendimiento y voluntad».

El concepto verdadero de la libertad está en la elección de una cosa con preferencia a otra, pero no en elegir entre el bien y el mal, por cuanto Dios nos ha dado la libertad en orden a la verdad y el bien, que hacen siempre referencia a lo trascendente, a Dios, y apartarse de la verdad y del bien es pecar. La llamada de Jesús «ven y sígueme» marca la máxima exaltación posible de la libertad del hombre, y al mismo tiempo, atestigua la verdad y la obligación de los actos de fe y de decisiones que se pueden calificar de opción fundamental.

Encontramos una análoga exaltación de la libertad humana en las palabras de San Pablo: «*Hermanos, habéis sido llamados a la libertad*» (Gál. 5,3), pero el apóstol añade inmediatamente una grave advertencia: «*Con tal de que no toméis de esa libertad, pretexto para la carne*». «*Para ser libres nos libertó el Señor*». La vida de gracia es vida de libertad. La vida de pecado es llevar vida de esclavitud.

Pecado mortal y venial

69. ¿Qué es el pecado? San Juan nos dice: «*El pecado es la transgresión de la ley de Dios*» (1 Jn. 3,4. Por tanto el que se opone a la ley de Dios peca. El pecado mortal, causa la pérdida de la gracia santificante, y en caso de muerte, si muere uno sin arrepentimiento, se condena.

Algunos teólogos al hablar de la oposición a la ley de Dios,

solamente puede ser fruto de un acto que compromete a la persona en su totalidad, es decir, un acto de opción fundamental. Según ellos, el pecado mortal, que separa al hombre de Dios, se verificaría solamente en el rechazo de Dios, que viene realizado a un nivel de libertad no identificable con un acto de elección ni al que se puede llegar con un conocimiento sólo reflejo.

En fin, ellos miden la gravedad del pecado desde el grado de compromiso de libertad de la persona que realiza un acto, y no desde la materia de dicho acto.

70. Según la tradición, la Iglesia distingue entre pecados mortales y veniales, y nos ha querido recordar que *pecado mortal* es lo que tiene por objeto una materia grave y que, además, es cometido con pleno conocimiento y deliberado consentimiento.

La afirmación del Concilio de Trento no considera solamente la «materia grave» del pecado mortal, sino que recuerda también, como una condición necesaria suya, el «pleno conocimiento y el consentimiento deliberado».

Por lo demás, tanto en la teología moral como en la práctica pastoral, son bien conocidos los casos en los que un acto grave, por su materia, no constituye un pecado mortal por razón del conocimiento no pleno o del consentimiento no deliberado de quien lo comete.

Por otra parte, «se deberá evitar reducir el pecado mortal a un acto de «*opción fundamental*» —como hoy se suele decir— contra Dios», concebido ya como explícito y formal desprecio de Dios y del prójimo, ya sea como implícito y no reflexivo rechazo del amor.

«Se comete, en efecto, un pecado mortal también, cuando el hombre, sabiéndolo y queriéndolo elige, por el motivo que sea, algo gravemente desordenado. En efecto, en esta elección está ya incluido un desprecio del precepto divino, un rechazo del amor de Dios hacia la humanidad... No se puede cambiar o poner en duda la concepción tradicional de pecado mortal.

IV. EL ACTO MORAL

Teleología y teleologismo

71. Conviene tener presente que la *moral católica* es un conjunto de normas o reglas que dirigen nuestras acciones o actos humanos en orden al bien. *Acto humano* es el que realiza todo hombre dotado de entendimiento, voluntad y libertad.

Los actos humanos son actos morales, porque expresan y deciden la bondad o malicia del hombre mismo que realiza esos actos. Y es precisamente como el hombre mediante sus actos se perfecciona como tal, como persona llamada a buscar espontáneamente a su Creador y a alcanzar libremente, mediante su adhesión a Él, la perfección feliz y plena.

72. La *moralidad* de los actos está definida por la relación de la libertad del hombre con el bien auténtico. Dicho bien es establecido, como ley eterna por la Sabiduría de Dios que ordena todo ser a su fin. Esta ley eterna es conocida tanto por medio de la razón natural del hombre (ley natural), cuanto de modo integral y perfecto por la revelación («ley divina»).

El obrar es moralmente bueno cuando las elecciones de la libertad están *conformes con el verdadero bien del hombre* y expresan así la ordenación voluntaria de la persona hacia su fin último, es decir, Dios mismo: el bien supremo en el cual el hombre encuentra su plena y perfecta felicidad.

73. El cristiano, gracias a la Revelación de Dios y a la fe conoce la «novedad» que marca la moralidad de sus actos... La vida moral posee un carácter «teológico» esencial, porque consiste en la ordenación deliberada de los actos humanos a Dios, sumo bien y fin último (=telos) del hombre.

Lo testimonia una vez más, la pregunta del joven a Jesús: «¿Qué he de hacer de bueno para conseguir la vida eterna?». Pero esta ordenación al fin último no es una dimensión subjetivista que dependa de la intención. Aquella presupone que tales actos sean en sí mismos ordenados a este fin, en cuanto son conformes al auténtico bien moral del hombre, tutelado por los mandamientos. Esto es lo que Jesús mismo recuerda en la

respuesta al joven: «*Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos*» (Mt. 19,17).

74. ¿De qué depende la cualificación moral del obrar libre del hombre? ¿Cómo se asegura esta *ordenación de los actos humanos hacia Dios*? ¿*De la intención del sujeto que actúa, de las circunstancias —y en particular de las consecuencias—* de su actuar, del objeto mismo de su acto?

Este es el problema llamado tradicionalmente de las «Fuentes de la moralidad». Para poner las cosas claras, diremos: Para que un acto sea bueno, deben ser simultáneamente bueno el objeto, la intención (o fin del sujeto) y las circunstancias del mismo.

—Se puede realizar un acto bueno (por su objeto o fin de la obra), como puede ser una limosna, con una intención mala (como buscando ser visto para conseguir una posición social...). No basta tener buena intención (vg. ayudar a los pobres) para legitimar el recurso a métodos inmorales en la obtención del dinero (como sería el robo...).

—Una acción buena en sí (buena por su sujeto) no es necesariamente obligatoria. Deberán ser consideradas todas las circunstancias en las que se encuentra el sujeto para juzgar si aquella acción es verdaderamente conveniente o si hay deberes superiores y más urgentes que exigen la suspensión de la misma. Así, el deber de santificar las fiestas, concretado en el precepto de participar en la misa dominical, es un precepto válido siempre, pero no en cada caso y puede ser suspendido por el deber más urgente de atender un enfermo grave del que se tiene responsabilidad en casa...

75. Hay moralistas que parten en sus teorías de una falsa concepción de moralidad de los actos morales y del objeto del obrar moral. Unos no tienen en cuenta suficientemente que la voluntad está implicada en las elecciones concretas que realiza la persona y toman los criterios de rectitud sólo del cálculo de las consecuencias que se prevé pueden derivarse de la ejecución de una decisión (=consecuencialismo).

Otros olvidan que la libertad está religada en su ejercicio al orden objetivo antes descrito y pretenden tomar los criterios de la rectitud de la ponderación de los bienes y valores y, sobre

todo, de la proporción reconocida entre los efectos buenos o malos, que, en vista del bien mayor o del mal menor, sean posibles en una situación determinada (=proporcionalismo).

Sobre la bondad o maldad de los actos decidiría sólo la fidelidad de la persona a los valores supremos de la caridad y la prudencia, sin que esta fidelidad sea incompatible con decisiones contrarias a ciertos preceptos morales particulares. Incluso en materia grave, los preceptos negativos deberán ser considerados como normas operativas relativas y susceptibles de excepciones.

El objeto del acto obligatorio

76. Semejantes teorías no son fieles a la doctrina de la Iglesia, en cuanto creen poder justificar, como moralmente buenas, elecciones deliberadas de comportamientos contrarios a los mandamientos de la ley divina y natural. No hay que poner en discusión la validez absoluta de los preceptos morales negativos, los cuales obligan sin excepción.

El amor a Dios y el amor al prójimo son inseparables de la observancia de los mandamientos de Dios... Dichas teorías son, pues, incompatibles con la doctrina de la Iglesia y con la gloria de los mártires que prefirieron dar la vida antes que realizar algo contra la fe o la virtud.

77. Mucha era la importancia que Jesús daba a la intención en contraposición con los escribas y fariseos (que prescribían minuciosamente ciertas obras externas sin atender al corazón)... Pero la teoría que sostiene la consideración de los bienes y males previsibles como consecuencias de una acción no es un criterio suficiente para determinar si la elección de un acto concreto es en sí misma buena o mala, lícita o ilícita.

78. *La moralidad del acto humano* depende sobre todo y fundamentalmente del objeto elegido racionalmente por la voluntad deliberada. Y así dice Santo Tomás: «Para poder apprehender el objeto de un acto, que lo especifica moralmente, hay que situarse *en la perspectiva de la persona que actúa*».

En efecto, el objeto del acto del querer es un comportamiento

to elegido libremente. Y en cuanto es conforme con el orden de la razón, es causa de la bondad de la voluntad, nos perfecciona moralmente y nos dispone a reconocer nuestro fin último en el bien perfecto, el amor originario.

Como nos enseña el *Catecismo de la Iglesia Católica*, «hay comportamientos concretos cuya elección es siempre errada porque ésta comporta un desorden de la voluntad, es decir, un mal moral».

El mismo Santo Tomás dice: «Sucede frecuentemente que el hombre actúe con buena intención, pero sin provecho espiritual, porque le falta la buena voluntad. Por ejemplo, uno roba para ayudar a los pobres: en este caso, si bien la intención es buena, falta la rectitud de la voluntad porque las obras son malas. La buena intención no autoriza, pues, a hacer ninguna obra mala.

La razón por la que no basta la buena intención, sino que es necesaria también la recta elección de las obras, reside en el hecho de que el acto humano depende de su objeto, o sea si éste es o no es «ordenable» a Dios, a Aquel que «sólo es bueno», y así realiza la perfección de la persona.

San Alfonso María de Ligorio dice: «No basta realizar obras buenas, sino que es preciso hacerlas bien. Para que nuestras obras sean buenas y perfectas, es necesario hacerlas con el fin puro de agradar a Dios».

El «mal intrínseco»: no es lícito hacer el mal para lograr el bien (Rom. 3,8)

79. Hay que rechazar la tesis de las teorías teológicas y proporcionalistas, por cuanto el elemento primario y decisivo para el juicio moral no es otro que el objeto del acto humano, el cual decide sobre su «ordenabilidad» *al bien y al fin último que es Dios...* Como dice Santo Tomás: Los bienes tutelados por los mandamientos contienen toda la ley natural.

80. La razón testimonia que existen objetos del acto humano que se configuran como «no ordenables» a Dios, porque contradicen radicalmente el bien de la persona, creada a su imagen. Son

los actos que, en la tradición moral de la Iglesia, han sido denominados «intrínsecamente malos», pues lo son siempre y por sí mismos, es decir, por su objeto, independientemente de las ulteriores intenciones de quien actúa y de las circunstancias.

El Concilio Vaticano II, en el marco del respeto debido a la persona humana, ofrece una amplia ejemplificación de tales actos: «Todo lo que se opone a la vida, como los homicidios de cualquier género, los genocidios, el aborto, la eutanasia y el mismo suicidio voluntario, etc..., son actos que deshonran más a quienes lo practican que a quienes padecen la injusticia y son totalmente contrarios al honor debido al Creador» (GS. 27).

Sobre los actos intrínsecamente malos y refiriéndose a las prácticas contraceptivas mediante las cuales el acto conyugal es realizado intencionadamente infecundo, Pablo VI enseña: «En verdad, si es lícito alguna vez tolerar un mal menor a fin de evitar un mal mayor o de promover un bien más grande, no es lícito, ni aún por razones gravísimas, hacer el mal para conseguir el bien» (Rom. 3,8).

81. La Iglesia, al enseñar la existencia de actos intrínsecamente malos, acoge la doctrina de la Sagrada Escritura. El apóstol Pablo afirma de modo categórico: «*¡No os engaños! NI los impuros, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los homosexuales, ni los ladrones..., heredarán el Reino de Dios*» (1 Cor. 6,9-10).

Si los actos son intrínsecamente malos, una intención buena o determinadas circunstancias pueden atenuar su malicia, pero no pueden suprimirla: son actos «irremediabilmente» malos, por sí y en sí mismos no son ordenables a Dios y al bien de la persona...

82. Por otra parte, la intención es buena cuando apunta al verdadero bien de la persona con relación a su fin último. Pero los actos, cuyo objeto es «no ordenable» a Dios e «indigno de la persona humana», se oponen siempre y en todos los casos a este bien... La doctrina del objeto, como fuente de la moralidad, representa una explicación auténtica de la moral bíblica de la Alianza y de los mandamientos de la caridad y de las virtudes. La cualidad moral del obrar humano depende de esta fidelidad a los mandamientos, expresión de obediencia y de amor.

83. Al enseñar la existencia de actos intrínsecamente malos, la Iglesia permanece fiel a la verdad integral sobre el hombre...

«Ante todo, dice el Papa dirigiéndose a los obispos, debemos mostrar el fascinante esplendor de aquella verdad que es Jesucristo mismo. En Él, que es la Verdad (Jn. 14-6) el hombre puede, mediante los actos buenos, comprender plenamente y vivir perfectamente su vocación a la libertad en la obediencia a la ley divina, que se compendia en el mandamiento del amor a Dios y al prójimo...».

Cap. 3.º: PARA NO DESVIRTUAR LA CRUZ DE CRISTO (1 Cor. 1,17)

El bien moral para la vida de la Iglesia y del mundo «Para ser libres nos libertó Cristo» (Gál. 5,1)

84. Según la fe cristiana y la doctrina de la Iglesia «solamente la libertad que se somete a la Verdad conduce a la persona humana a su verdadero bien. El bien de la persona consiste en estar en la Verdad y en realizar la Verdad». Estas palabras del Papa deben ser luz para todos.

Las diversas teorías morales se han planteado la cuestión de la relación *entre libertad y verdad*. Mas hay que tener presente que Dios nos ha dado la libertad para servicio de la verdad y del bien, y por tanto ella es la que nos conduce al bien verdadero. «*La verdad os hará libres, dice Jesucristo... y el pecado os hará esclavos*» (Jn. 8,31 y 34).

Muchos hombres de hoy se parecen a Pilatos, que tenía delante de él a Cristo, que es la Verdad, y Pilato pregunta_ *Y ¿qué es la verdad?*... y no esperan a oír la respuesta del que es la Verdad... y se apartan de la Verdad que los salvaría... y van camino del error.

«Está ante los ojos de todos el desprecio de la vida humana ya concebida y aún no nacida; la violación permanente de los derechos humanos..., y lo que es aún más grave el hombre ya no está convencido de que sólo en la verdad puede encontrar la

salvación. La fuerza salvífica de la verdad es contestada se confía sólo a la libertad, desarraigada de toda objetividad, la tarea de decidir autónomamente lo que es bueno y lo que es malo. Este relativismo se traduce, en el campo teológico, en desconfianza en la sabiduría de Dios, que guía al hombre con la ley moral».

85. La Iglesia contempla a Cristo crucificado, que revela y vive el sentido auténtico de la libertad y llama a los discípulos a tomar parte en su misma libertad... La Iglesia no se limita a denunciar o renunciar teorías sino que trata de guiar con gran amor a todos los fieles en la formación de una conciencia moral que juegue y lleve a decisiones según la verdad, como exhorta el apóstol Pablo: *«No os acomodéis al mundo presente, antes bien transformaos mediante la renovación de vuestra mente, de forma que podáis distinguir cuál es la voluntad de Dios: lo bueno, lo agradable, lo perfecto»* (Rom. 12,1).

86. La razón y la experiencia muestran no sólo la debilidad de la libertad humana, sino también su drama. El hombre es frágil y descubre que su libertad está inclinada misteriosamente a rechazar la Verdad y el Bien, para erigirse en principio absoluto de sí mismo: *«Seréis como dioses»* (Gén. 3,5). *La libertad, pues, necesita ser liberada. Cristo es su liberador: «para ser libres nos libértó» Él* (Gál. 5,1)... La libertad se fundamenta en la verdad del hombre...

87. El conocimiento de la verdad es condición para la auténtica libertad: *«Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres»* (Jn. 8,32). Y Jesucristo dijo que había venido al mundo *«para dar testimonio de la verdad»* (Jn. 18,37). Así los verdaderos adoradores de Dios deben adorarlo *«en espíritu y en verdad»* (Jn. 4,23). En virtud de esta adoración llegan a ser libres.

Jesús manifiesta, además, que la libertad se realiza en el amor, en el don de uno mismo a Dios y a los hermanos. Él dio su vida por todos y movido por el amor fue libremente al encuentro de la Pasión (Mt. 26,46)...

Caminar en la luz (1 Jn. 1,7)

88. La radical separación entre libertad y verdad es conse-

cuencia, manifestación y realización de otra más grave: la que se produce entre fe y moral.

Esta separación constituye una de las preocupaciones pastorales más agudas de la Iglesia en el presente proceso de secularismo, en el cual muchos hombres piensan y viven «como si Dios no existiera».

Es, pues, urgente que los cristianos descubran *la novedad de su fe y su fuerza de juicio* ante la cultura dominante e invadiente: «*En otro tiempo fuisteis tinieblas —nos recuerda el apóstol Pablo—, mas ahora sois luz en el Señor. Vivid como hijos de la luz; pues el fruto de la luz consiste en toda bondad, justicia y verdad. Examinad qué es lo que agrada al Señor... Mirad atentamente cómo vivís; que no sea como imprudente, sino como prudentes; aprovechando bien el tiempo presente, porque los días son malos*» (Ef. 5,8 ss.)... La fe cristiana exige un conocimiento de Cristo vivido personalmente, una memoria vida de sus mandamientos, *una verdad que se ha de hacer vida*.

89. La fe comporta la observancia de los mandamientos. Quien dice que ama a Dios «*y no guarda sus mandamientos es un mentiroso y la verdad no está en él*» (1 Jn. 2,4)... A través de la vida moral la fe llega a ser «confesión», no sólo ante Dios, sino también ante los hombres: se convierte en *testimonio*. «*Briлле así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos*» (Mt. 5,14-16). Estas obras son sobre todo las de caridad (Mt. 25,31-46) y de la auténtica libertad que se manifiesta y vive en el don de uno mismo...

El martirio, exaltación de la santidad inviolable de la ley de Dios

90-91. La relación entre fe y moral resplandece con toda su intensidad en el *respeto incondicionado que se debe a las exigencias ineludibles de la dignidad personal de cada hombre*, exigencias tuteladas por las normas morales que prohíben sin excepción los actos *intrínsecamente malos*.

La Biblia habla de personajes que prefirieron morir antes

que realizar acciones prohibidas por la ley santa de Dios: la casta Susana, Juan el Bautista, el diácono Esteban y el Apóstol Santiago. La Iglesia propone el ejemplo de numerosos santos que han testimoniado y defendido la verdad moral hasta el martirio o han preferido la muerte antes que cometer un solo pecado mortal. Su disponibilidad a la muerte muestra nítidamente que no es justo, ni en las situaciones más graves, hacer lo que la ley de Dios califica como malo para sacar de ello algún bien, aunque éste sea salvar la propia vida.

92. En el martirio, como confirmación de la intangibilidad del orden moral, resplandece la santidad de Dios y la intangibilidad de la dignidad de la persona del hombre, creado a imagen y semejanza de Dios. Es una dignidad que nunca se puede envilecer o negar, aunque sea con buenas intenciones, cualesquiera que sean las dificultades...

El martirio demuestra como ilusorio y falso de "significado humano" que se pretendiese atribuir, aunque fuese en condiciones "excepcionales", a un acto en sí mismo moralmente malo; más aún, manifiesta abiertamente su verdadero rostro: el de una *violación de la humanidad del hombre*, antes aún en quien lo realiza que no en quien lo padece. El martirio es, pues, también una exaltación de la perfecta «humanidad» y de la verdadera «vida» de la persona.

93. Finalmente, el martirio es *un signo preclaro de la santidad de la Iglesia...* Contemplando el ejemplo de los mártires, la Iglesia comprende que la crisis más grave en la que pueden caer la sociedad civil y las comunidades cristianas es la confusión del bien con el mal. Los mártires hacen resonar las palabras del profeta: «Ay, a los que llaman al mal bien, y al bien mal» (Is. 5,20).

El martirio es el testimonio supremo y excepcional de la verdad moral. Pero todos los cristianos deben estar dispuestos a arrostrar grandes sacrificios si quieren ser coherentes con su fe en la vida de cada día. Para ello deben implorar la gracia de Dios que les dará fuerzas para una entrega heroica llegado el caso.

94. En el dar testimonio del bien moral absoluto *los cristianos no están solos*. Encuentran una confirmación en el sen-

tido moral de los pueblos y en las grandes tradiciones religiosas y sapienciales del Occidente y del Oriente, que ponen de relieve la acción interior y misterios del Espíritu de Dios.

La voz de la conciencia ha recordado siempre sin ambigüedad que hay verdades y valores morales por los cuales se debe estar dispuesto a dar incluso la vida.

Las normas morales universales e inmutables al servicio de la persona y de la sociedad

95. La Iglesia como Madre y Maestra, no puede separarse jamás de su misión docente; mas a veces por defender la validez universal y permanente de los preceptos que prohíben los actos intrínsecamente malos, es juzgada no pocas veces como signo de una intransigencia intolerable... Sin embargo, ella no se cansará de proclamar la norma moral, pues la doctrina que predica es la recibida por medio de Jesús, nuestro Salvador.

Pablo VI escribió: «No disminuir en nada la doctrina salvadora de Cristo es una forma eminente de caridad hacia las almas. Pero ello ha de ir acompañado siempre con la paciencia y la bondad de la que el Señor mismo ha dado ejemplo en su trato con los hombres... Él fue ciertamente intransigente con el mal, pero misericordioso hacia las personas».

96-97. La firmeza de la Iglesia en defender las normas morales universales e inmutables no tiene nada de humillante. Está sólo al servicio de la verdadera libertad del hombre... *Ante las normas morales que prohíben el mal intrínseco no hay privilegios ni excepciones para nadie.*

De este modo, las normas morales y en primer lugar las negativas que prohíben el mal, *manifiestan su significado y su fuerza personal y social.*

La moral y la renovación de la social y política

98. Ante las graves formas de injusticia social y económica, así como de corrupción política que padecen pueblos y na-

ciones enteras, aumenta la indignada reacción de muchísimas personas oprimidas y humilladas en sus derechos humanos fundamentales, y se difunde y agudiza cada vez más *la necesidad de una radical renovación* personal y social capaz de asegurar justicia, solidaridad, honestidad y transparencia.

En el centro de la *cuestión cultural* está el *sentido moral*, que a su vez se fundamenta y se realiza en el *sentido religioso*.

99. Sólo Dios, el Bien supremo, es la base inamovible y la condición insustituible de la moralidad, y por tanto de los mandamientos, en particular los negativos, que prohíben siempre y en todo caso el comportamiento y los actos incompatibles con la dignidad personal de cada hombre. Así, el Bien supremo y el bien moral se encuentran *en la verdad*: la verdad de Dios Creador y Redentor, y la verdad del hombre creado y redimido por Él.

Una sociedad libre y renovada únicamente es posible construirla sobre la verdad de Dios y del hombre y sobre la obediencia a los mandamientos.

100. *El Catecismo de la Iglesia Católica* afirma «en materia económica el respeto de la dignidad humana que exige la práctica:

—de la virtud de *la templanza* para moderar el apego a los bienes de este mundo;

—de la virtud de *la justicia*, para preservar los derechos del prójimo y darle lo que es debido;

—y de *la solidaridad*, siguiendo la regla de oro y según la generosidad del Señor, que «*siendo rico, por nosotros se hizo pobre a fin de que os enriquecierais con su pobreza*» (2 Cor. 8,9).

Después presenta una serie de comportamientos y de actos que están en contraste con la dignidad humana: el robo, el retener deliberadamente cosas recibidas como préstamo u objetos perdidos, el fraude comercial (Dt. 25,13 s.), los salarios injustos (Dt. 24, 14-15)..., los trabajos mal realizados, los fraudes fiscales, falsificación de facturas, gastos excesivos, el derroche...

Los que esclavizan seres humanos y menosprecian la dignidad personal, tengan presente la conducta de San Pablo que ordenaba a un amo cristiano que tratase a su esclavo cristiano

«no como esclavo, sino... como un hermano... en el Señor» (Film. 16).

101. En el ámbito político se debe constatar que la veracidad en las relaciones entre gobernantes y gobernados, la transparencia en la administración pública, la imparcialidad en el servicio de la cosa pública, el respeto de los derechos de los adversarios políticos, el uso justo y honesto del dinero público... Cuando no se observan estos principios, se resiente el fundamento mismo de la convivencia política y toda la vida social se ve abocada su disolución...

«Si no existe una verdad última —la cual guía y orienta la acción política— entonces las ideas y las convicciones humanas pueden ser instrumentalizadas fácilmente para fines de poder. Una democracia sin valores se convierte con facilidad en un totalitarismo visible o encubierto como demuestra la historia».

Gracia y obediencia a la ley de Dios

102. El hombre se ve tentado a romper la armonía entre su libertador y la verdad de Dios Creador. El pecado se introduce en el mundo cuando el hombre deja de reconocer al Señor como Creador y a sí mismo como criatura y quiere decidir con independencia lo que es bueno o malo.

La observancia de la ley de Dios, en determinadas situaciones, puede ser difícil, muy difícil: sin embargo, jamás es imposible. «Porque Dios no manda cosas imposibles, sino que, al mandar lo que manda, te invita a hacer lo que puedas y pedir lo que no puedas».

103. El ámbito espiritual de la esperanza siempre está abierto al hombre, con la ayuda de la gracia divina y con la colaboración de la libertad humana. Como decía San Pablo: «No yo (con mis solas fuerzas), sino la gracia de Dios conmigo» (1 Cor. 15,10).

Sólo en el misterio de la Redención de Cristo están las posibilidades «concretas» del hombre. *¡Cristo nos ha redimido!* Esto significa que Él nos ha dado la *posibilidad* de realizar toda la verdad de nuestro ser ha liberado nuestra libertad del *domi-*

nio de la concupiscencia. Y si el hombre redimido todavía peca, esto no se debe a la imperfección del acto redentor de Cristo sino a la voluntad humana del hombre de sustraerse a la gracia que brota de ese acto.

104. Todo hombre puede pecar, pero también puede obtener siempre el perdón si se arrepiente. La parábola del fariseo y del publicano nos da una clara lección. El primer paso del pecado es la conversión, paso que no da el fariseo autosatisfecho, sino el publicano penitente. Éste reconoce la fragilidad de la naturaleza humana y no busca justificaciones subjetivas en sus faltas, sino la confirmación de su necesidad de redención, disponiéndose así a la gracia y a la misericordia. Su petición: (*«¡Oh Dios! Ten compasión de mí, que soy pecador»* Lc. 18,13) supone el reconocimiento de su propia indignidad ante la santidad infinita de Dios. El fariseo, en cambio, cree que puede cumplir la ley sin la ayuda de la gracia y está convencido de no necesitar misericordia.

105. La conciencia farisaica o autosatisfecha tiende a hacer de la propia debilidad el criterio de la verdad sobre el bien y tiene el peligro de intentar adaptar la norma moral a las propias capacidades o intereses, e incluso en el rechazo del concepto mismo de norma.

Al contrario, aceptar la «desproporción» entre la ley y la capacidad de las solas fuerzas morales del hombre dejado a sí mismo, suscita el deseo de la gracia y predispone a recibirla. *«¿Quién me librá de este cuerpo que me lleva a la muerte?»*, se pregunta San Pablo. Y con una confesión gozosa y agradecida responde: *«¡Gracias sean dadas a Dios por Jesucristo nuestro Señor»* (Rom. 7,24-25).

Encontramos la misma conciencia en esta oración de San Ambrosio de Milán: «Nada vale el hombre, si Tú no lo visitas. No olvides a quien es débil; acuérdate, Señor, que me has hecho débil, que me has plasmado del polvo. ¿Cómo podré sostenerme si Tú no me miras sin cesar para fortalecer esta arcilla, de modo que mi consistencia proceda de tu rostro?...»

Moral y nueva evangelización

106. La evangelización es el desafío más perentorio y exigente que la Iglesia está llamada a afrontar desde su origen mismo. Este reto está contenido en el mandato de Jesús: «*Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación*» (Mc. 16,15)... Los pueblos están necesitados de una nueva evangelización que debe ser «nueva en su ardor, en sus métodos, en su expresión» porque la descristianización es grande por la pérdida de la fe y por una *decadencia u oscurecimiento del sentimiento moral*...

107. La evangelización o nuevo anuncio del Evangelio comporta también el anuncio y la propuesta moral. Jesús mismo, al predicar precisamente el Reino de Dios y su amor salvífico, ha hecho una llamada a la fe y a la conversión (Mc. 1,15)... La evangelización ha de hacerse mediante la *vida de santidad*, esto es, realizarla a través del don no sólo de la palabra *anunciada* sino también de la palabra *vivida*.

108. El Espíritu de Cristo es principio y fuerza de la nueva evangelización, pues como nos recuerda Pablo VI: «No habrá nunca evangelización posible sin la acción del Espíritu Santo».

Al Espíritu de Jesús, acogido por el corazón humilde y dócil del creyente, se debe, por tanto, el florecer de la vida moral cristiana y el testimonio de la santidad en la gran variedad de las vocaciones, de los dones, de las responsabilidades y de las condiciones y situaciones de vida.

El Espíritu Santo es quien suscita a los profetas en la Iglesia, instruye a los maestros, sugiere las palabras, realiza prodigios y curaciones, produce obras admirables, inspira los consejos...

El servicio de los teólogos moralistas

109. Toda la Iglesia está llamada a la evangelización y al testimonio de una vida de fe. Gracias a la presencia permanente en ella del Espíritu de verdad (Jn. 14,16-17), «la totalidad de los fieles que tiene la unción del Santo (1 Jn. 2,20 s.) no puede equivocarse en la fe.